

Conformación de Estados en el sudeste asiático: una deconstrucción de los estudios de área*

**Johan Antolínez, Alejandro Delgado, Carolina Hernández,
Camilo García, Andrés Felipe Sierra y Pamela Támara**

Estudiantes de la maestría de Problemas Políticos, Económicos e Internacionales Contemporáneos
del Instituto de Altos Estudios para el Desarrollo (IAED), Universidad Externado de Colombia.

Correo electrónico: afsierras@bt.unal.edu.co

INTRODUCCIÓN

El primer problema al que se enfrenta el investigador cuando pretende abordar un análisis político sobre un conjunto de países es responder a la pregunta de cómo pensar su unidad analítica, si es que esta puede existir. Para llevar a cabo estudios de área es necesario contar con una categoría de unificación que debe ser suficientemente explicativa y nominalmente significativa, lo que para este ensayo implicaría el uso de una unidad conceptual de tipo político que permitiera pensar el sudeste asiático en el periodo de la descolonización luego de la Segunda Guerra Mundial. La categoría no puede ser geográfica, puesto que el problema planteado no es de ese tipo. Hablar entonces del sudeste asiático, si bien hace referencia inmediata a la geografía y posicionamiento continental de los países, poco aporta en tér-

minos de una comprensión de los procesos políticos de descolonización y conformación de los respectivos Estados.

Tampoco es esclarecedor pensar la categoría en términos de unidades culturales, étnicas o religiosas, pues no se encuentra ningún elemento común a la totalidad de las personas que allí viven. De la misma manera, no existe unidad alguna respecto a los modelos económicos dominantes en cada uno de los países, ni en su forma de inserción en los mercados internacionales. Frente a este panorama: ¿qué significa el sudeste asiático? ¿Es posible encontrar un elemento definitorio común que haga relevante este término para representar diferentes países?

Estas preguntas remiten directamente a lo que constituye el problema central de este documento: ¿es posible comprender los procesos de descolonización y conformación de Estados

* Agradecemos los valiosos comentarios y sugerencias de Bernardo Vela y de los evaluadores anónimos, quienes leyeron una versión previa de este artículo. Cualquier error u omisión que persista es de nuestra entera responsabilidad.

en el sudeste asiático haciendo uso de los estudios de área? La hipótesis que aquí se sostiene es que los estudios de área, como herramientas analíticas, no son adecuados para aproximarse a los procesos de conformación de Estados en esta región, puesto que no pueden dar cuenta de la diversidad de los procesos históricos y políticos involucrados en cada país durante la segunda mitad del siglo xx. El ejercicio de crítica a estos estudios de área se fundamenta en el análisis de Tailandia, Timor Oriental, Birmania y Filipinas, sobre los cuales se presentan reflexiones histórico-políticas que dan luces acerca de las diversidades mencionadas.

Esta deconstrucción de los estudios de área está acompañada de la deconstrucción de algunos conceptos unificadores y con pretensión universalista. En particular hacemos referencia a la idea del Estado-nación dentro del paradigma del Estado liberal moderno¹, y se muestra que los procesos de conformación del Estado no se configuraron por igual en términos de los monopolios weberianos de la justicia y la seguridad, o en términos de la unificación nacional —la cual ha sido fallida en algunos de los casos—. Por esta razón, el presente artículo cuestiona simultáneamente la pertinencia de estudios de área y la aplicación del concepto de Estado-nación para los análisis de los países del sudeste asiático.

Este trabajo se estructura en siete partes, la primera de las cuales es esta introducción en la que, además de lo expresado antes, se presenta una caracterización general de la región según variables de actualidad y mediante las cuales se

representa estadísticamente su diversidad. La segunda parte discute el paradigma del Estado liberal moderno, describiendo los componentes que serán deconstruidos en el análisis de la descolonización y conformación de Estados en el sudeste asiático. De esta forma, en esta sección se enuncian los postulados generales de una visión universalizante de la modernidad. La tercera sección presenta los elementos comunes a la historia de algunos países del sudeste asiático en la segunda mitad del siglo xx y que podrían incentivar los estudios de área, pero también se argumenta que estos elementos comunes no permiten una adecuada comprensión de los procesos de conformación de Estados en la región. En la cuarta parte se argumenta que en el sudeste asiático nunca se logra consolidar una idea general de nación que soporte una identidad alrededor de los recién formados Estados. Los conflictos secesionistas son comunes en la región, y en particular se abordan los correspondientes a Filipinas y Timor Oriental. La relevancia de estos conflictos no solo radica en que evidencian rupturas identitarias y no-nacionales, sino que muestran las dificultades de los Estados para mantener control en la totalidad de los territorios sobre los que tendría autoridad según sus constituciones. En la quinta parte se analiza el caso de una élite militar que se adueña del aparato estatal como contraposición al comunismo latente del siglo xx en la zona, que termina sometiendo a la población a medidas extremas en términos políticos y económicos, y que lleva a negar la democracia como forma de gobierno en el

¹ Véase infra El paradigma moderno del Estado-nación, que contiene una discusión sobre este paradigma.

territorio birmano. En la sexta parte se aborda el problema de la convivencia institucional de tradición y modernidad, de tal manera que se cuestionan dos elementos del paradigma homogeneizante del Estado-nación moderno: que los Estados de la región surgieron desde mediados del siglo xx y que ellos corresponden a la visión occidental de Estado. Desde el caso de Tailandia se argumenta que las nuevas estructuras institucionales se soportan sobre viejas relaciones políticas que dan continuidad a las prácticas y jerarquías políticas tradicionales, y que esto es resultado de un Estado ya existente y de vieja data, no es resultado de las dinámicas posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Por último, unas consideraciones generales a modo de conclusión.

UNA CARACTERIZACIÓN GENERAL DE LA REGIÓN

Con el fin de presentar un panorama general de la región y, al mismo tiempo, dar un ejemplo de la diversidad de los países que la conforman, esta sección está dedicada a mostrar algunos datos estadísticos generales.

La región del sudeste asiático integra una geografía física fragmentada y diversa, conformada principalmente por la península de Indochina y dos archipiélagos con miles de islas. Igualmente, la región integra Estados de gran extensión territorial como Indonesia, Myanmar y Tailandia, así como algunos micro-Estados como Brunei, Singapur y Timor Oriental. Por otra parte,

... la geografía humana y cultural se halla determinada por una gran complejidad étnica (grupos austroasiáticos y melanesios, con una importante presencia de comunidades europeas y euroasiáticas, además de un buen número de grupos indígenas), por grandes disparidades de desarrollo entre países (tanto en renta per cápita como en participación en la globalización) y por un rico mosaico religioso: a las religiones mayoritarias “de Estado” (budismo en Myanmar, Tailandia, Laos, Camboya, Vietnam o Singapur; islam en Indonesia, Malasia o Brunei; cristianismo en Filipinas y Timor Oriental) cabe añadir la sólida implantación de importantes comunidades hindúes, taoístas, sijs y animistas (Urgell, 2007, 125).

Una de las características más visibles del sudeste ha sido su rápido crecimiento desde la década de los ochenta. Se han denominado como tigres y dragones asiáticos a la primera y segunda generación de países con rápidos aumentos del PIB per cápita. Sin embargo, es relevante mostrar que esto no es un rasgo general: mientras países como Vietnam, Tailandia, Indonesia y Singapur veían cómo crecía su PIB per cápita a tasas mayores al 3% entre 2000 y 2009, Brunei y Timor Oriental no alcanzaban el 1% e incluso con crecimientos negativos en el caso de este último. Esto marca una clara diferencia en desarrollo económico entre los países, de tal manera que no puede hablarse del éxito de la región como un todo².

Si se analizan los niveles de pobreza, Tailandia y Singapur tienen porcentajes bajos de personas que viven con menos de dos dólares

² Los datos de esta sección son tomados de *World Development Indicators* del Banco Mundial.

diarios (en paridad de poder adquisitivo, dólares internacionales de 2005), mientras que Camboya y Vietnam tienen más del 20% de la población en tal condición. Esto se manifiesta en una gran diferencia de expectativas de vida entre los países considerados: en Camboya difícilmente llegan a los 60 años de vida, igual que en Timor Oriental, mientras que Malasia y Singapur tienen dichas expectativas cercanas a los 75 y 80 años respectivamente.

En cuanto a situaciones de conflicto armado, el Banco Mundial señala que en Filipinas y Tailandia se reportaron 562 y 230 muertos en 2009 por batallas, mientras que en Singapur, Vietnam o Malasia ninguno.

Las densidades poblacionales también ponen en evidencia divergencias importantes en términos de formas de vida: países como Laos son fundamentalmente agrícolas y sus densidades son de 26,9 personas por km², mientras que Singapur es una ciudad-Estado con densidad de 6.943,19 personas por km². En el intermedio, países como Indonesia, Vietnam, Filipinas y Tailandia que son densamente poblados, y en el rango inferior, Timor, Brunei y Birmania (Myanmar).

Si mostráramos antes que la unidad no se tiene entre países que pudieran conformar una región homogénea, tampoco es fácil hablar de unidades nacionales alrededor de identidades consolidadas y poblaciones que tienen cercanía con los *modus vivendi* de los criterios de la modernidad occidental. Es necesario tener en cuenta que, en la actualidad, las sociedades del sudeste asiático se caracterizan por su composición diversa en donde coexisten, según Mariñas, dos tipos principales de habitantes: una sociedad nueva de tipo europeo y una so-

ciudad asentada en las tradiciones locales. Esta situación presenta un panorama

donde convive el tecnócrata ciudadano de formación occidental, con el *datu* de las campiñas; el abogado con el mandarín; el universitario, con fluidez en lenguas occidentales —generalmente el inglés—, con el campesino, que solo conoce la ancestral; el miembro de una burocracia de corte moderno con el que no conoce otros lazos que los familiares (Mariñas, 1973, 49).

EL PARADIGMA MODERNO DEL ESTADO-NACIÓN

Como se mencionó, los estudios de área requieren homogeneidad de una región y homogeneidad de las categorías que se utilizan en el análisis de la misma. Dado que el periodo revisado aquí es aquel de la conformación de los Estados asiáticos luego de los procesos de descolonización, resultaría tentador para los estudios de área tomar el Estado-nación como el concepto homogeneizador de esta historia, es decir, que los estudios de área podrían comprender el proceso posterior a la descolonización de los países del sudeste asiático como procesos de conformación de Estados nacionales. Por esta razón, esta sección del documento está dedicada a caracterizar el paradigma del Estado-nación moderno y a mostrar sus dificultades generales para constituirse como concepto universal.

Se comprende aquí por Estado-nación el conjunto de instituciones que expresan la posesión de cuatro monopolios por parte de los Estados: el monopolio legítimo de la fuerza, el monopolio de la justicia, el monopolio

fiscal y el monopolio de lo simbólico en la construcción de referentes para la construcción de la unidad nacional. Adicionalmente, el paradigma weberiano del Estado incorpora una característica central de los Estados-nación modernos: la administración burocrática que permite la legitimación de las acciones estatales en términos de la *razón de Estado* (Vela, 2010, 47). En este trabajo se deja de lado el estudio del monopolio de la justicia y el monopolio fiscal, para enfocarse en los otros tres elementos.

Con relación al monopolio de la fuerza y la seguridad, el paradigma moderno del Estado-nación señala que este reemplaza los regímenes feudales y premodernos en los que hay dispersión de la fuerza y del poder político, dando pie para la potencialidad de guerras constantes entre las partes. El Estado, tal y como lo señalaba Hobbes, aparece para centralizar la fuerza y “pacificar” el territorio, razón por la que el dominio de este último se vuelve un elemento central en la constitución del monopolio de la fuerza: el Estado debe tener la capacidad de controlar todos los rincones del país, tener dominio de la totalidad del territorio (Vela, 2010, 40). A este respecto Vela aclara que “la guerra y la coerción no son suficientes para la existencia de este nuevo régimen o, en otras palabras, de nada sirve la guerra si no hay procesos de legitimación del nuevo orden”. Por tal razón, el monopolio de la fuerza se construye acompañado de mecanismos de legitimación racional-burocrática en donde el poder se considera como válido y necesario (aunque es posible la legitimación sobre elementos tradicionales desde lo patriarcal y lo carismático –y efectivamente en los orígenes de muchos Estados esto fue así–, el paradigma

surgido desde la modernidad, que es el que se toma como base aquí, se sustentó en la razón).

En lo que respecta a la construcción de la unidad nacional, esta se construye alrededor de mitos, de imaginarios que permitan crear una idea de pasado e intereses comunes para crear “un sentimiento de *homogeneidad* dentro del Estado y de *heterogeneidad* respecto de otros Estados” (Vela, 2010, 44). En este sentido, un cierto nivel de integración cultural del pueblo es necesario para consolidar una base de gobernados sobre los cuales el Estado tiene poder legítimo. La nueva identidad alrededor de la nación es, por tanto, un “espacio político unitario” que según Habermas se configura sobre la idea de ciudadanía, donde cada ciudadano crea una relación jurídica y política con la institucionalidad estatal: aparecen entonces los deberes y los derechos.

Entonces, el monopolio de lo simbólico detentado por el Estado-nación moderno implica la existencia de una construcción de nación desde arriba, de tal manera que se crea una “imposición ideológica, esto es, como un instrumento para generar homogeneización social, para mantener el *statu quo* y para legitimarlo” (Vela, 2010, 51). Aunque sería posible pensar en una construcción nacional desde abajo, lo común, nos advierte Hobsbawm, nunca ha sido este camino; por el contrario, incluso los Estados europeos, haciendo uso de la violencia, han eliminado las diferencias que pudieran mantener fracturados los pueblos al interior de los países: “la guerra, que está detrás de la coerción y de la acumulación capitalista, también está detrás de la *homogeneización* que da lugar a la formación del *Estado-nación*” (p. 50).

Son estos tres elementos —el monopolio de la fuerza, con el respectivo control territorial; la burocracia moderna que legitima ese uso de la fuerza arguyendo una *razón de Estado*, y el monopolio de lo simbólico con el que se construye un cuerpo social y político homogéneo llamado nación— los puntos de partida del análisis de esa homogeneidad que los estudios de área podrían utilizar para abordar los procesos de descolonización. Estos son, entonces, los tres referentes principales de este documento.

Es importante mencionar que este paradigma de constitución de los Estados surgió de las ideas de la modernidad, el Renacimiento y la Ilustración, pretendiendo conformarse como un estandarte de la civilización europea sobre los elementos de tradiciones comunitarias premodernas (Vela, 2010, 41). En este sentido, el paradigma del Estado-nación es un punto de referencia del ideal de la superación del orden social basado en elementos étnicos y religiosos, para sustituirlo con base en un orden de la razón (expresada en la mencionada *razón de Estado* y la burocracia) y el uso legítimo de la fuerza (p. 47).

Al tiempo en que la civilización europea se presentaba como un camino universal que las sociedades deberían seguir para progresar, se expandió así mismo la idea de que el orden social debería girar en torno a una configuración específica del Estado como Estado-nación liberal y moderno. En esta misma línea de argumentación, Vela afirma que “la idea de una *civilización europea* que había permitido el tránsito del *antiguo régimen* a la modernidad se divulgó por todo el mundo [...] universalizaron sus principios y valores e impusieron las etapas de su historia” (2010, 22). Entre estas

etapas aparece entonces el Estado-nación como la configuración política ideal.

Por esta razón, puede resultar tentador utilizar este paradigma analítico del Estado liberal moderno para abordar, desde los estudios de área, las investigaciones sobre los procesos de descolonización. No obstante, dos advertencias son importantes: la primera, realizada por Charles Tilly, afirma que es imposible tener una teoría general del Estado —incluso para Europa— y que en este sentido se debe ser precavido para extrapolar el paradigma a otros continentes y otros periodos (Vela, 2010, 44). Es esto lo que se pretende poner en evidencia en este trabajo, aportando razones por las cuales no debe usarse el concepto de Estado-nación en el sudeste asiático en la segunda mitad del siglo xx.

La segunda advertencia es que en realidad fueron escasas las ocasiones en las que los procesos y resultados de la construcción de los Estados-nación se realizaron tal y como lo expresa la teoría. En general debe entenderse que el paradigma descrito anteriormente no existió en ningún caso en su estado puro, y los Estados-nación siempre tuvieron particularidades según cada país y nunca, en la realidad, marcaron una ruptura radical con las tradiciones. No obstante esto, en la medida en que el paradigma puro existe y se constituye en el sustento de los estudios homogeneizadores de las historias y los procesos políticos, se toma aquí como base de comparación con lo que efectivamente sucedió en los diferentes países del sudeste asiático.

Entonces, ahora podemos ampliar nuestra tesis: los procesos de conformación de Estado en el sudeste asiático no pueden comprenderse

a partir del paradigma del Estado-nación moderno³, puesto que ni surgen necesariamente como resultado de la descolonización, ni se pueden comprender como entidades políticas y culturales unificadas y claramente diferenciadas. En algunos casos, desde la descolonización se crearon fronteras a las que el sistema internacional atribuyó la idea de soberanía; dichas fronteras no corresponden a las diversidades internas, ni pueden explicar las peticiones de autonomía de los diversos grupos étnico-culturales. Por otro lado, se aprecian procesos donde una élite se apodera del aparato estatal en detrimento de los procesos políticos democráticos por los que clama la sociedad. Y, en otros casos, la descolonización regional y la llegada de la “modernidad” no modificaron las estructuras institucionales de poder tradicionales, de tal manera que conviven los nuevos componentes de la modernidad con prácticas y jerarquías provenientes de la vieja organización política. El resultado es que los estudios de área, que utilizan categorías homogéneas como la del Estado-nación, resultan desvirtuados por las dinámicas diversas de los países de la región que se pretende abordar.

UNA HISTORIA GENERAL DE LA DESCOLONIZACIÓN EN EL SUDESTE ASIÁTICO

Uno de los sustentos de los estudios de área son los elementos comunes que permiten construir

una historia similar para los países contenidos en esa región objeto de análisis. Como en cualquier otro caso del mundo, países cercanos geográficamente entre sí tienen algunos elementos comunes en sus historias, en especial algunas de las dinámicas internacionales que afectan sus procesos políticos internos. Esta sección presenta esos elementos comunes que se pueden rastrear en la descolonización en el sudeste asiático; sin embargo, en un segundo momento se presenta una crítica argumentando que esta perspectiva es insuficiente: si bien hay elementos comunes, los procesos políticos más interesantes —que son específicos a cada país— quedan al margen y, por tanto, no pueden ser explicados por esos puntos en común.

Dos grandes corrientes enmarcadas en los efectos de las guerras mundiales contribuyeron a desarrollar los procesos de descolonización. La primera corriente influenciada por el comunismo y en donde puede encontrarse como máximo exponente a Vietnam en cabeza del legendario Ho Chi Minh, quien inició desde el final de la Primera Guerra Mundial el proceso de consolidación de la independencia vietnamita que se materializó al finalizar la Segunda Guerra Mundial. La segunda gran corriente es el nacionalismo, entendido como la necesidad de autonomía por parte de cada uno de los territorios. Sin embargo, las acciones de Ho Chi Minh o las campañas libertarias de cada uno de los territorios del sudeste asiático no

³ Es importante tener en cuenta que no se está argumentando que en el sudeste asiático no existan Estados, sino que no existen Estados-nación tal y como los hemos descrito aquí. Es en este sentido que decimos que es importante comprender la historia del surgimiento de cada Estado y no imponer una categoría abstracta, homogénea y universalizante a procesos concretos en el sudeste asiático. Por tanto, los argumentos siguientes deben leerse como un intento por reivindicar la necesidad de varias teorías del Estado y evitar la homogeneización a partir del paradigma de la modernidad.

se hubieran materializado si Japón no hubiera demostrado la debilidad de la colonización europea en la zona con la ocupación de la región durante la guerra (Mariñas, 1973, 41-43). Más allá del golpe militar que infligió Japón a los colonizadores europeos, fue el golpe moral el que demostró a los países del sudeste asiático que las potencias coloniales no eran invencibles, avivando los sentimientos nacionalistas en toda la región.

Sin embargo, la retirada de Japón y la derrota sufrida al inicio de la guerra por las lejanas metrópolis, dejaban inevitablemente un vacío de poder unido a un ansia general de cambio por parte de los habitantes de la zona. Asimismo, las aspiraciones locales eran indefinidas y contradictorias; si bien todos los grupos tenían una marcada tendencia nacionalista, los matices y las tendencias variaban considerablemente (Mariñas, 1973, 74).

De esta forma, la descolonización tendría orígenes externos importantes cuyos factores son comunes a todos los nuevos países de la región. La tarea de cada nación sería conformar movimientos identitarios fuertes de tal manera que se consolidara un movimiento nacional que permitiera crear un Estado a partir de este. El reto, según este relato, era evitar la fragmentación y los conflictos internos. Si se esperaba entrar en el sistema internacional, era necesario que los grupos mayoritarios se impusieran sobre el resto, para luego tomar decisiones como un todo común. Esta necesidad de control llevaría posteriormente a que los movimientos nacionalistas vieran en la diferencia una amenaza a los nuevos Estados modernos y, por tal razón, ejercieran violencia sobre las minorías.

Similar posición puede observarse en Rubíolo, según el cual la consolidación nacional no se pudo llevar a cabo, puesto que:

los nuevos Estados se encontraron frente a una conflictiva realidad interna que llevó a disputas, enfrentamientos y conflictos armados. *Esto fue resultado tanto de la imposibilidad del grupo étnico mayoritario de imponerse al resto*, dada la gran fragmentación; como de la falta de experiencia de los nuevos gobernantes. Estos últimos no lograron trasladar los lazos de lealtad y obediencia de la etnia al gobierno central (Rubíolo, 2005, 5) (Énfasis agregado).

De esta forma, los análisis políticos de la región daban por descontada la necesidad de pensar en uniones nacionales o, al menos, uniones en que las mayorías lograran imponer sus lógicas a nivel nacional y trasladarlas a los Estados centrales.

Según esta perspectiva analítica, los problemas que estos Estados han afrontado desde el proceso de descolonización tienen que ver principalmente con la consolidación de sistemas democráticos definidos por “una representación auténtica del pueblo, la satisfacción de las necesidades de la mayoría de la población, la disminución de las desigualdades sociales y no por una fachada parlamentaria que preserve estructuras arcaicas y la dominación de un clan, de una clase o de una casta militar” (Bianco, 2005, 268). Nuevamente el ideal de unidad se expresa en términos del concepto de *pueblo*, de tal manera que se pretendía la existencia de dos movimientos complementarios y modernos: eliminar lo que Bianco denomina estructuras arcaicas que provendrían de las antiguas etnias y la conformación de un cuerpo

colectivo bajo la representación de verdaderos parlamentos que expresaran la nueva unidad bajo los esquemas occidentales.

De esta manera puede verse cómo uno de los principales inconvenientes que han afrontado los Estados del sudeste asiático ha sido la construcción de entidades políticas individualizadas que puedan encuadrar en el sistema de Estados que se configuró después de la Segunda Guerra Mundial (Urgell, 2007, 130). Como indica J. Urgell, los recientes gobiernos surgidos con posterioridad a la descolonización tomaron como modelo el Estado-nación europeo, y “se dieron a la labor, a través de varios procesos de homogeneización, de construir naciones desde el Estado con el objetivo de consolidar países políticamente estables y económicamente viables” (p. 130).

Para llevar a cabo lo anterior, los Estados implementaron diferentes tipos de estrategias relacionadas con la búsqueda de la construcción de unidad y cohesión nacional, dentro de las cuales caben mencionar los procesos de centralización política, la colonización demográfica, el expolio económico, las anexiones territoriales, la llegada al poder de gobiernos con marcadas tendencias represivas de corte militar, la implementación de procesos de aculturación y etnificación, el diseño y la imposición de lineamientos educativos particulares, la conversión religiosa, entre otros (Urgell, 2007, 130).

El mantenimiento de las fronteras desde la colonización

El problema de realizar una interpretación basada en esta historia común y donde la nación es un concepto central, es que desconoce la

diversidad de procesos políticos de conformación de los Estados y la continuidad tanto de las estructuras coloniales de poder, como de las estructuras tradicionales propias de las etnias y culturas anteriores a la colonización. Tanto las fechas de descolonización, como los procesos internos de cada territorio llevaron al nacimiento de diferentes tipos de regímenes políticos (ver anexo 2), ya que tal y como lo menciona Hobsbawm, “cuando vieron la luz del mundo poscolonial y de la posguerra [...] no resulta sorprendente que adoptasen, o se vieran obligados a adoptar, sistemas políticos derivados de los amos imperiales o de sus conquistadores” (1994, 348), es decir, los países del sudeste asiático se vieron avocados a reorganizar sus sociedades a imagen y semejanza de los colonizadores que los sometieron por tanto tiempo.

Por su parte, los ingleses y holandeses optaron por dar privilegio a una relación de tipo mercantil con sus territorios coloniales, fenómeno que puede observarse en Indonesia, Birmania, Malasia y Singapur. En el caso de Holanda, su intento por introducir el territorio colonizado al sistema europeo logró interrumpir el intercambio de mercancías entre las comunidades de la región (Rubíolo, 2005, 4).

Mientras tanto, la colonización francesa siguió la lógica estatal, como lo ha demostrado a lo largo de su historia, e instauró en 1887 la “colonia en la Cochinchina y los protectorados de Annam, Tonkín, Camboya y Laos; pero el poder de hecho residía en el representante metropolitano –gobernador general o residente– en Hanoi” (Mariñas, 1973, 38).

Tal como indica Mariñas, los “portugueses, españoles, holandeses, ingleses, franceses y, por último, norteamericanos, ejercieron, en

uno u otro momento, en uno u otro país de la zona, el poder político; todos ellos según sus propias fórmulas e idiosincrasia, dejando su peculiar aportación cultural y herencia histórica” (1973, 37), por lo que puede verse que, tal y como en el caso de África, los europeos no tenían una manera única de colonizar un territorio. Como ejemplo de lo anterior resulta útil tener en cuenta el caso de la colonización española en Filipinas, que en un principio fue enteramente misional (p. 38). Basándose en la fe, los misioneros católicos consiguieron que los nativos filipinos fueran a la guerra cada vez que fuera necesario para defender el territorio.

La manera en que el colonialismo se hizo presente en el sudeste asiático alteró fundamentalmente el orden regional, en el sentido de que la interdependencia con el mundo externo pasó a predominar sobre los antiguos lazos regionales (Fajardo, 2007). Hay que hacer especial énfasis en que las redes asiáticas comerciales que existían con anterioridad a la colonia tendieron a desintegrarse con la llegada de los europeos hasta el punto tal que, después de la colonia, las comunicaciones en la región se hicieron en función de las directrices de los colonizadores en contravía de los antiguos vínculos regionales.

Es necesario tener en cuenta que el proceso de descolonización fue prolongado tal como ilustra el caso de Filipinas. Si bien dicho Estado fue el primer territorio en tener un proceso de levantamiento en contra de su colonizador, esto no surtió mayores efectos a corto plazo sobre su realidad política aunque contribuyó a sentar un precedente en la zona. A principios del siglo xx se presentó una crisis económica en la región que provocó enfrentamientos en las metrópolis, donde se colaron reivindicaciones

sociales las cuales apuntaban a señalar la necesidad de autonomía para los territorios.

Como se ha visto, el sudeste asiático es una región que ofrece una gran diversidad de regímenes y condiciones políticas diversas, así como problemas que si bien pueden resultar similares a primera vista, no pueden resolverse o estudiarse de la misma manera. Bianco reconoce la dificultad de aplicar los conceptos modernos que él proponía como un ideal para la conformación de los Estados (ver supra), de tal manera que se pone en evidencia la diversidad de la región si se tiene en cuenta la presencia de una democracia marxista como es la República Democrática de Vietnam, sultanatos con características feudales como Malasia y Brunei, Estados con gobiernos de corte dictatorial-militar como es el caso de Birmania, Estados con fuertes vínculos con potencias extranjeras como Estados Unidos tal como muestra la experiencia de Filipinas o Tailandia, y otros Estados que aún siguen en proceso de definición de los lineamientos de su vida como naciones independientes (Bianco, 2005, 268).

Algunos autores han señalado que las diferentes vertientes de colonización de la región del sudeste asiático (británica en Myanmar, Malasia y Singapur; francesa en Laos, Camboya y Vietnam; holandesa en Indonesia; española y estadounidense en Filipinas; portuguesa en Timor Oriental) han influido directamente en la configuración social, política, económica y territorial de cada uno de los Estados que la conforman. Uno de ellos, J. Urgell, expresa que “algunas de estas diferencias intrarregionales heredadas de la colonización se agudizaron tras el acceso a la independencia por los distintos alineamientos ideológicos durante la

Guerra Fría, estando Myanmar o la antigua Indochina francesa en la órbita socialista y siendo Indonesia, Filipinas o Tailandia firmes aliados del campo capitalista” (2007, 125). De esta forma se reconoce la importancia que ha jugado la presencia política europea como factor de gran influencia en la configuración de los Estados del sudeste asiático, y en especial en lo relacionado con la construcción de sus límites territoriales, sus estructuras políticas, sistemas legales, cultura, lenguas y desarrollo tecnológico (Mariñas, 1973, 39, 40).

Sin embargo, existen otros problemas comunes a los Estados del sudeste asiático que guardan relación directa con las dificultades derivadas de la construcción y consolidación del Estado y con él, de un poder centralizado estable y fuerte, respetuoso de la diversidad y autonomía cultural y administrativa de las comunidades minoritarias dentro de sus territorios. Así, la configuración de Estados en dicha región se ha visto enfrentada a la lucha por el desarrollo económico, la construcción o reconstrucción de la cultura e identidad nacional sin desembocar en procesos de aislamiento frente al exterior (Bianco, 2005, 268), los problemas socioeconómicos relativos a las intensas presiones demográficas, y las disputas derivadas de la multiplicidad étnica dentro de los diferentes límites nacionales.

Sobre este último punto hay que resaltar que la heterogeneidad étnica, cultural, lin-

güística y religiosa de esta región plantea el debate sobre la validez material de las fronteras estatales en territorios donde conviven grupos sociales diferentes con delicadas rivalidades históricas, lo cual ha llevado a la aparición de movimientos separatistas como

los musulmanes de Joló y Mindanao, en Filipinas; entre los musulmanes y meos de Tailandia, entre los shan de Birmania o entre los habitantes de Molucas del Sur de Indonesia; movimientos que, según las circunstancias y las épocas, han alcanzado mayor o menor virulencia y que en ocasiones han llegado al conflicto armado (Mariñas, 1973, 45).

De esta forma, la construcción de Estados en el sudeste asiático ha encontrado un obstáculo en las tensiones derivadas de la presencia de una gran variedad de minorías tanto étnicas como religiosas y su enfrentamiento al grupo dominante o mayoritario, que usualmente es quien tiene mayor influencia en la determinación de la política interna e internacional de los Estados⁴ (Mariñas, 1973, 46).

Manifestaciones de la diversidad desde la Guerra Fría y el surgimiento de diversos conflictos étnicos

El fin de la Guerra Fría condujo al desmonte de los grupos armados comunistas con presencia en Tailandia, Malasia o Myanmar; el

⁴ Según Mariñas, “Hay también minorías étnicas de carácter primitivo –recordemos el caso de la tribu de los tasa-days, recientemente descubierta en Filipinas–, como los habitantes del Irán occidental, en Indonesia, o los igorotes, en Filipinas, hacia los que los gobiernos han adoptado una actitud paternalista y de asimilación a largo plazo. Sin embargo, el proceso de asimilación no ha ocurrido con todas las etnias como fue el caso de los montagnards, en Vietnam del Sur; los shans y karens, en Birmania; los ‘moros’, en Filipinas” (Mariñas, 1973, 46).

inicio de una transición de carácter político y económico en países como Vietnam y Laos, y el fin de la ocupación vietnamita de Camboya (1979-1989).

Tal como se mencionó en apartes precedentes, “[l]os proyectos de ‘construcción nacional’ se dieron por igual en el bloque comunista y capitalista durante la Guerra Fría, pues para ambos sistemas las lealtades grupales no cívicas o modernas (esto es, de clanes, étnicas, parroquiales) atentaban contra el individualismo del campo capitalista y contra el colectivismo del bloque comunista” (Urgell, 2007, 130). Como respuesta a esta clase de proyectos de homogeneización que algunas veces desembocaron en exterminios y desplazamientos masivos, algunas minorías concurren a la creación de movimientos de resistencia exigiendo el respeto de sus derechos, mayor autonomía, o incluso su independencia del Estado en cuyas fronteras quedaron cobijados, lo que ha llevado a numerosos conflictos en la región, algunos de los cuales subsisten incluso en la actualidad (Urgell, 2007, 130).

Al respecto, resulta ilustrativo tener en cuenta los procesos de este tipo que se hicieron más visibles a partir de los años noventa, tal y como señala Jordi Urgell:

Desde principios de los años noventa recobraron cierta resonancia internacional las tensiones autonomistas o secesionistas en Indonesia (especialmente Timor Oriental, pero también Aceh y Papúa Occidental), Filipinas (Mindanao y, a pesar del acuerdo de paz de 1986, la región norteña de Cordillera), Tailandia (las tres provincias meridionales de mayoría musulmana) o Myanmar (buena parte de los siete “Estados

étnicos”, especialmente en el caso de los shan y los karen) (2007, 127).

Sin embargo, es necesario considerar que las organizaciones armadas que tomaron parte en los conflictos señalados anteriormente no propenden por la toma del poder o el cambio del régimen político en un determinado Estado, sino que sus reivindicaciones están ligadas principalmente a exigencias en el campo de la autodeterminación y son eminentemente de alcance étnico-regional (Urgell, 2007, 127).

Teniendo en cuenta lo descrito en el presente acápite, puede apreciarse que en el proceso de construcción de Estados es posible encontrar diferentes tipos de transiciones entre los países que conforman la región. Un primer ejemplo de estas transformaciones puede ubicarse al observar a aquellos países que se enfrentaron a un cambio del modelo sociopolítico, y dentro de los cuales es posible enmarcar a Vietnam, Laos y Camboya como entidades políticas con un régimen comunista.

Otro tipo de transiciones tiene que ver con procesos de democratización, que en países como Filipinas y Tailandia tuvieron lugar en los años ochenta, y que tienen gran importancia en países como Indonesia y Myanmar. Frente al caso de Indonesia, Urgell expone que “la democratización que siguió tras la crisis financiera asiática y la caída de Suharto (1998) se vio acompañada de un periodo de gran convulsión social (protestas estudiantiles, ataques contra las comunidades chinas) y del estallido o resurgimiento de conflictos comunitarios (Sulawesi, Kalimantan, Molucas) o políticos (Aceh, Papúa Occidental o Timor Oriental)” (Urgell, 2007, 128). Por su parte,

las luchas contra la junta militar y en pro de la democratización en Myanmar se remontan a los años setenta y se agudizaron tanto en las masacres que tuvieron lugar en 1998, así como con posterioridad a las elecciones de 1990 donde la oposición logró alcanzar más del 80% de escaños en el parlamento (p. 128).

Otro caso particular de transición se encuentra al estudiar a Timor Oriental, uno de los países más pobres de Asia, que obtuvo su independencia en el referendo de 1999 y fue oficializada en el año 2002, año desde el que se ha enfrentado a “serios problemas de fragilidad institucional, viabilidad económica, seguridad fronteriza y desestructuración social, luchas intestinas por el poder o tensiones etnopolíticas entre las regiones orientales y occidentales, desembocando todo ello en un grave brote de violencia durante 2006” (Urgell, 2007, 129).

Urgell resume gran parte de las dificultades para la consolidación de los Estados y de la democratización en estos países clasificándolos según los tipos de conflictos que en ellos han tenido lugar alrededor de la descolonización:

Esquemáticamente, la actual conflictividad armada en la región puede clasificarse en dos categorías principales. Los conflictos verticales son aquellos que enfrentan a un grupo armado de oposición y a los cuerpos de seguridad de un Estado. Aquí se incluirían las contiendas en Filipinas (Mindanao), Indonesia (Aceh y Papúa Occidental), Myanmar (guerrillas étnicas) y Tailandia (sur). Los conflictos horizontales son enfrentamientos comunitarios, alentados o no desde el Estado o desde determinados grupos armados, y pueden estar motivados por cuestiones ideológicas, identitarias o de recursos. Los más relevantes en los últimos lustros son las luchas entre las comunidades

cristiana y musulmana en Sulawesi y Molucas (Indonesia), entre los indígenas dayak y los transmigrantes madureses en la región (Urgell, 2007, 127).

LA UNIDAD EXTERIOR Y LA DESUNIÓN NACIONAL. LAS LUCHAS POR MÚLTIPLES SOBERANÍAS: CONFLICTOS ÉTNICO-CULTURALES

En esta parte consideraremos el problema de la conformación de unidades nacionales a la luz de dos conflictos étnico-culturales: la búsqueda de autonomía por parte de los musulmanes en las regiones de Sulú y Mindanao en Filipinas, y el caso de secesión de Timor Oriental en Indonesia.

Filipinas

Filipinas tuvo un periodo de colonización bastante extenso –casi 350 años–: desde el siglo *xvi* hasta el *xix* por parte de España, entre 1898 y 1946 con dominación estadounidense y durante la Segunda Guerra Mundial con ocupación japonesa. De hecho, el pasado colonial se manifiesta incluso en el nombre del país, que se estableció en honor al rey Felipe II (Agoncillo, 1975).

Filipinas está constituida por más de 7.000 islas ubicadas en el Océano Pacífico, y ocupan cerca de 300.000 kilómetros (Crozier, 1967). De esta manera, la colonia filipina tenía un valor estratégico fundamental debido a que las islas se ubican en el paso y el corazón de las rutas comerciales entre el lejano oriente y occidente. Por esta razón, se generaron constantes disputas entre la corona española y los imperios británico, portugués y holandés para

garantizar el control de las rutas comerciales y los puertos estratégicos (Rodríguez, 2000). Uno de los elementos más importantes, y por los que a la corona española le interesaba mantener el dominio sobre estos territorios tan alejados del reino era la importancia del control de la ruta Filipinas-California-Acapulco, por donde transitaba cada año el Galeón de Manila cargado con los apreciados productos orientales. Adicionalmente, el comercio con China era común en esta región, comercio que se incrementó con la llegada de los españoles. Así, para España la conquista de las Filipinas significaba una posibilidad de incursionar en China, e incluso abría las puertas para un posible dominio sobre dicho país (García, 2000).

El contraste entre el proceso de colonización español en Latinoamérica y en Filipinas es bastante interesante, pues contrario a lo sucedido en el continente americano, en el país asiático no se generaron grandes migraciones españolas, y, en general, el proceso de mestizaje con los nativos filipinos fue bastante escaso. Aún más difícil fue la relación entre los españoles y los chinos, un pueblo importante entre los pobladores de las islas (Rodríguez, 2000). Esto, unido a las dificultades geográficas que se presentaban en el archipiélago, “provocaron que en la realidad la formación de la colonia se redujera a la ciudad de Manila y que solo allí se pueda decir que existe una sociedad occidental en un entorno oriental” (Rodríguez, 2000, 237).

Esta situación provocó que en Filipinas no se creara una cultura homogénea, ni un sentimiento de nación. Esta baja cohesión se reforzó con las difíciles relaciones con los pueblos musulmanes que habitaban las islas

del archipiélago de Sulú y en Mindanao (Rodríguez, 2000).

Filipinas declaró su independencia de España en 1896, al mando de José Raizal, la figura revolucionaria más importante de la época. Los detonantes de la declaración fueron los errores administrativos españoles, la poca influencia que tenían los nativos –incluso los nativos ilustrados– en la toma de decisiones políticas y la miseria campesina –explicada por el régimen económico de hacienda que impusieron los españoles– (Artaza, 1999). Con la decadencia del imperio español y su derrota en la guerra con Estados Unidos en 1898, los independentistas esperaban ser reconocidos como un país libre. Sin embargo, el vencedor de la guerra no lo consideró así y mantuvo el control del territorio hasta finales de la Segunda Guerra Mundial.

Resulta interesante observar los contrastes entre los tres tipos de ocupación que vivió Filipinas. Si bien la colonización española se preocupó por extender el español y la religión católica por todo el país, la posibilidad de lograr cambios sustanciales en las costumbres locales fue muy limitada debido a la baja presencia de españoles en las islas –aparte de Luzón, donde se ubica Manila– (Rodríguez, 2000). Por su parte, la colonización estadounidense llegó con dos motivos: el primero de ellos era mantener el control de esta región estratégica, mientras que el segundo estaba inspirado en el *deber moral* estadounidense de civilizar los pueblos bárbaros. En este sentido, Estados Unidos también implantó su religión y mantuvo un fuerte control sobre los elementos culturales del archipiélago. Este control se reforzó al permitir la participación de los filipinos ilustrados

en altos cargos del gobierno (Artaza, 1999; Islam, 2003, 197-98). Este proceso tomó aún más fuerza gracias al control económico del país después del reconocimiento de la independencia al término de la Segunda Guerra Mundial, así como al mantenimiento de bases militares en Filipinas hasta 1992.

Finalmente, los rasgos de la ocupación japonesa entre 1942 y 1945 fueron bastante particulares, pues “los japoneses dieron a los pueblos ocupados por ellos la oportunidad de demostrar que sabían administrar sus propios asuntos” (Crozier, 1967, 50). Así, puede decirse que la ocupación japonesa en general en la región tuvo dos etapas con reacciones diferentes en cada una: un primer momento en el que se percibía a los japoneses como liberadores, pues contribuyeron directamente a la expulsión de los colonizadores europeos, y una segunda etapa en donde transcurrido cierto tiempo y con la prolongada ocupación japonesa, esta empezó a verse como otra forma de dominación contra la que se debía luchar (Crozier, 1967).

A pesar de los cambios presentados con la ocupación estadounidense se mantuvieron dos rasgos heredados de la colonización española, y que marcan la estructura del Estado conformado después del reconocimiento de la independencia del país: el centralismo y la tradición autoritaria paternalista (Artaza, 1999). Los estadounidenses mantuvieron la figura del *gobernador general* como máxima autoridad del archipiélago. Sin embargo, en la práctica, el gobernador civil era fuertemente controlado por la Iglesia católica. Filipinas, junto con Timor Oriental, son los únicos países católicos de Asia, y la Iglesia católica sigue jugando

un papel fundamental en la política filipina, apoyando la destitución de presidentes autoritarios –contrario al papel jugado durante la colonia, donde ayudaba a mantener el régimen autocrático– (Artaza, 1999).

Estados Unidos permitió la conformación de una Constitución en Filipinas en 1935 como un Estado relativamente autónomo (perteneciente a la Commonwealth), donde el presidente tenía las mismas funciones del gobernador general. Actualmente, el Estado filipino es republicano; está conformado por un presidencialismo fuerte –el presidente es jefe de Estado y de gobierno– y un sistema legislativo compuesto por dos cámaras: el Senado y la Casa de Representantes (CIA, 2010).

En dos ocasiones (1986, 2001) movimientos populares –en los que tuvo un papel importante la Iglesia católica– han obligado a los presidentes a dimitir en momentos en los que la corrupción y el abuso del poder ejecutivo se hacía insostenible para los pobladores (CIA, 2010). Artaza (1999) apoya la idea de la influencia de las estructuras coloniales en la aparición de algunos problemas –como la corrupción– en las Filipinas modernas: “no se puede desestimar la importancia del sistema clientelar –desde las localidades hacia el centro– desarrollados durante la dominación española y estadounidense en la conformación del autoritarismo presidencial filipino” (p. 95).

El conflicto musulmán en Sulú y Mindanao

Esta subsección está dedicada a exponer las principales razones de un conflicto de importante magnitud en Filipinas y que está directamente relacionado con la diversidad cultural

del país y la conformación del Estado desde los procesos de colonización española hasta la descolonización de Estados Unidos.

Antes que nada, es primordial especificar los términos de este conflicto. El secesionismo es su principal causa, puesto que los musulmanes ubicados en estas islas reclaman la posibilidad de independencia del poder central del país. Tal y como lo presenta Carment, el secesionismo es siempre una relación de carácter étnico, en el que se persigue una declaración y reconocimiento internacional de independencia y soberanía de los pueblos (no hay un intento de separarse de un control central para entrar bajo la potestad de otro) (2003, 25-26). Ganguly señala que el origen de estas guerras es fundamentalmente el problema del reconocimiento de la diferencia étnica y que ha estado acompañado del paradigma de la Escuela de la Modernización proveniente de Europa y Estados Unidos, y ha sido un fenómeno más o menos extendido en los países conocidos como del sudeste asiático (2003, 12-15). Esta escuela sostiene que un Estado moderno debe estar fundado en la unidad nacional, que implica la unidad cultural y, en particular, una unidad de religiones, lo que ciertamente ha afectado el desenvolvimiento de la diversidad nativa y propia de los países de la región.

En el caso particular de Filipinas, si bien España no tuvo nunca el control territorial que sí logró en sus colonias en América, debe destacarse que la pretensión constante fue la de lograr la unidad religiosa (Carment, 2003). Asimismo, no solo consideró a los nativos como pueblos bárbaros (noción que se mantuvo durante el colonialismo estadounidense), sino que los pocos árabes que allí se asentaron,

enseñando el islam, fueron llamados bajo el nombre despectivo de “moros” (tal y como denominaron a aquellos que invadieron el sur de la península ibérica). Los comerciantes árabes enseñaron esta religión desde el siglo VIII, mientras que solo en el XIII se asentaron (Carment, 2003; Ganguly, 2003).

Si bien al inicio de la conquista española hubo reglas de respeto con relación a la población musulmana, claramente existió un proceso de jerarquización social en el que ellos fueron relegados. La instauración de entidades educativas implicó la dominación de los valores, instituciones e intereses españoles sobre cualquier otra cultura existente en el archipiélago (Carment, 2003). Como estrategia de debilitamiento de los musulmanes, los españoles destruyeron sus negocios y expropiaron sus tierras. Como se mencionó, la situación no mejoró con la conquista de Estados Unidos, puesto que ellos, con mayor fuerza, pensaron en aumentar la expropiación y en expandir la “civilización” a las tierras de nativos y de musulmanes (Carment, 2003).

El proceso de descolonización desde la Segunda Guerra Mundial no fue ajeno a esta historia: al igual que en el caso tailandés, en Filipinas la llamada modernización occidental solo tuvo lugar parcialmente, mientras que las tradiciones de discriminación y exclusión permanecieron. Aún más crítico, quienes pensaron en instaurar un Estado independiente lo hicieron bajo el criterio de una unidad nacional sobre una población esencialmente con diversidad étnica (Islam, 2003; Ganguly, 2003). Este proyecto no podría sino convertirse en un fracaso, pues no solo negó la posibilidad de autodeterminación de cada pueblo (y no

se habla aquí de ningún concepto nacional), pilar fundamental de la liberal-democracia paradigmática europea, sino que llevó a un conflicto en el que el Estado central ha sido incapaz de tomar control de su territorio en la zona musulmana.

En este contexto surge el movimiento de Abu Sayyaf, de corte extremista y que ha mantenido estrategias terroristas para luchar por la independencia de las islas involucradas. Ellos reclaman la conformación de un *dar-al-Islam* (Estado islámico) y se niegan a considerarse a sí mismos como filipinos (Islam, 2003, 200). El problema desde el punto de vista del Estado central filipino es que los musulmanes solo suman el 6% de su población total, mientras que la ventaja para los rebeldes consiste en su concentración geográfica, que no solo ha dificultado las estrategias de colonización centrales y católicas, sino que hace prácticamente imposible una victoria militar (fue la estrategia del presidente Marcos durante inicios de los años setenta).

Hasta el momento estas regiones de Sulú y Mindanao solo han logrado avances en términos de niveles de autonomía mayores, aun cuando la historia ha sido un permanente avance y retroceso con relación al objetivo de los “insurgentes” (Islam, 2003).

Timor Oriental

En estos ejemplos de tensiones secesionistas, el caso de Timor Oriental es el único que logra consolidarse, alcanzando su independencia formal de Indonesia en 2002, aun cuando todo el proceso de éxito comienza en 1998-1999 con la caída de Suharto en Indonesia y con el

referéndum propuesto por el nuevo presidente Habibie (Martin, 2001, 18-20).

Indonesia fue mayoritariamente una colonia holandesa, mientras que Timor fue dividido en dos: la parte occidental fue también holandesa, mientras que la oriental fue portuguesa desde 1642. Según Rolls, en esta división de la isla es cuando surgen las raíces del conflicto (2003, 169).

Para ese momento Timor era una isla con gran diversidad étnica, de tal manera que no había entre ellas un sentimiento de unidad. Cada una vivía según sus características culturales, aun cuando existían intercambios mercantiles. La idea de unidad de Timor Oriental surgió solo con la colonización portuguesa y la consecuente expansión de su cultura por esa parte de la isla. En palabras de Traube, “Out of the common experience of subordination to a particular European power there arose among the subjugated peoples a heightened awareness of their mutual ties to one other” (citado por Rolls 2003, 169). No es pues una idea de nacionalidad por unidad cultural lo que surge en Timor Oriental, sino una identidad por referencia a la dominación común.

Cuando Portugal perdió el dominio de sus colonias como resultado de la caída del Estado Novo y del régimen derivado de Salazar en 1974, la isla tuvo la oportunidad de independizarse. En 1975 Timor Oriental preparaba sus propias elecciones cuando Indonesia invadió su territorio (Martin, 2001, 15-16) y emitió una resolución según la cual esta región se configuraba como la vigésimo séptima provincia. Rolls señala que hasta ese momento Timor Oriental no tenía una noción clara de unidad nacional (excepto por haber sido colonizados

por el mismo imperio), es decir, que no había una construcción clara de identidad y existían fuertes diferencias entre los principales partidos políticos (Rolls 2003, 170). Sin embargo, el detonante de la invasión indonesia por parte del régimen de Suharto impulsó a los habitantes a apoyar el movimiento nacionalista de independencia Fletilin (en portugués, Frente por la Independencia de Timor Oriental), cuyo brazo armado, Falintil (en portugués, Fuerzas Armadas para la Liberación Nacional de Timor Oriental), formó una gran oposición a los nuevos colonizadores con fuerte apoyo popular.

En este caso, la conformación del nuevo Estado se vio truncada por un nuevo proceso de colonización que duraría hasta finales del siglo. En este proceso no puede entonces hablarse de un Estado-nación conforme a la figura de Indonesia, sino de un Estado como resultado de un nuevo proceso colonial en el que se pretendía homogeneizar las diversas etnias existentes.

Esto se manifestó con claridad en la política de asentamientos del régimen de Suharto, que comenzó en julio de 1976 y que hacía parte de las tres fases del programa de desarrollo con el propósito de cerrar la brecha identitaria entre indonesios y timorenses. Este programa contenía proyectos de avances en infraestructura física, en educación y en salud. Los indonesios respetaron y permitieron la subsistencia del catolicismo, pero las costumbres y los ordenamientos colectivos tradicionales fueron violentados y, en parte, desintegrados (Smith y Dee, 2003, 38; Rolls, 2003, 176). En particular, la política de asentamientos fue parcialmente exitosa en crear condiciones de aislamiento de las fuerzas de Falintil respecto a sus apoyos populares. Sin

embargo, un efecto adicional fue la ruptura de las comunidades tradicionales existentes en Timor: “Resettlement was physically and psychologically disruptive for the East Timorese and only reinforced their sense that Indonesia was an unwanted, occupying, foreign power” (Rolls, 2003).

Sin embargo, el proceso de cerrar la brecha identitaria no solo fue realizado a partir de políticas socioeconómicas, sino que fue acompañado y fortalecido por una gran campaña militar que tuvo dos elementos: por una parte, las fuerzas militares oficiales que avanzaron con el objetivo de “asegurar” los nuevos territorios, y unas fuerzas encubiertas que se constituyeron como milicias para combatir a las guerrillas timorenses. Durante el periodo de 1975-1999, las masacres y los genocidios sobre los timorenses alcanzaron una dimensión de cerca de 200.000 muertos de esta población, sobre un total de 800.000 timorenses que viven hoy aproximadamente (Martin, 2003, 17; Call y Wyeth, 2008, 273). La escalada solo tuvo el efecto contrario: los deseos de independencia y el rechazo a la unidad nacional indonesia fueron cada vez más fuertes.

El cambio de presidente en Indonesia y la llegada de Habibie, junto con las presiones internacionales de Australia y la ONU por permitir la independencia de Timor, culminaron con el referendo de 1999 en el que se preguntaba por autonomía o independencia a los timorenses, quienes finalmente escogieron la independencia con el 78% de los votos. Nuevamente surgió una escalada de violencia por parte de los indonesios y sus milicias, generando un desplazamiento de más de 250.000 personas (Smith y Dee, 2003, 44).

Pensar entonces el proceso de descolonización indonesio como un caso de conformación de Estado-nación solo puede desconocer la experiencia de Timor Oriental como vivencia secesionista en la que las políticas por conformar la unidad nacional dejaron como resultado una mayor desunión y la ruptura definitiva de la provincia 27 del Estado de Indonesia.

El periodo de independencia desde 1999

Contra el argumento aquí esgrimido podría decirse que la categoría de Estado-nación sigue siendo válida aun cuando no aplique para el periodo de 1975-1999 ni para Indonesia, ni para Timor Oriental. Podría argüirse que esta categoría tomaría validez desde 1999, con la independencia de este último pueblo y que su evolución desde entonces puede pensarse en los términos del Estado moderno. Esta subsección está destinada a refutar esta idea con base en la experiencia de Timor desde ese entonces.

La constitución actual de este país todavía deja mucho que desear en términos de Estados. Cuando ganaron el referendo por la independencia e Indonesia se retiró de esa parte de la isla, los timorenses se encuentran con una carencia absoluta de instituciones de gobierno y con una infraestructura muy precaria como resultado de la violencia de los últimos treinta años y en especial por los acontecimientos de 1999. La ONU, que se había establecido en el territorio momentos antes del referendo, financió y organizó un gobierno provisional con personal extranjero para fortalecer las capacidades de autogobierno y el desarrollo inicial de instituciones de todo tipo: legales, educativas, de

salud, electorales, entre otras. Sin embargo, esto dista mucho de la idea de un Estado-nación.

La ONU incorporó elementos de los Estados modernos occidentales que resultaron importantes en el desarrollo institucional de Timor. No obstante, como muestran Call y Wyeth (2008, 287-288), esta nueva conformación institucional muchas veces negó la existencia de sistemas tradicionales de justicia que funcionaban relativamente bien y que eran soportados por las prácticas consuetudinarias de las respectivas poblaciones. Las nuevas instituciones resultaron extrañas a ellos, por lo que las prácticas de las comunidades difícilmente han podido acomodarse a ellas y, por ende, el seguimiento de la ley y el fortalecimiento de la institucionalidad han sido débiles.

En segundo lugar, ni la colonización portuguesa, ni la colonización indonesia pudieron superar las dificultades topográficas de Timor Oriental para crear una unidad de las diferentes comunidades que allí vivían:

Portuguese Timor comprised a number of kingdoms with distinct traditions, and the people spoke a variety of languages belonging to one of two main language groups: Austronesian and Trans-New Guinea. The only major influence on political and economic matters in the territory, however, was exerted by a small group of Portuguese entrepreneurs, the mestiços (mixed race class), and the Chinese community. *Not surprisingly, Timorese heterogeneity complicated the development of a national identity and hindered prospects for achieving national unity*" (Smith y Dee, 2003, 36) (Énfasis agregado).

Estas dificultades de vieja data se mantienen. No ha habido una única idea de Estado o de

nación entre los timorenses. Parte de la dificultad para crear esta unión ha sido el problema del idioma: mientras el gobierno ha debido publicar fundamentalmente en portugués, la mayoría de la población o es analfabeta o habla tetun y otras lenguas locales (Call y Wyeth, 2008, 271-272).

A pesar de la construcción moderna y occidental del Estado en Timor, la diferencia es grande entre praxis y norma (Call y Wyeth, 2008, 298).

Este ejemplo refuerza la idea de que la aplicación analítica y práctica del Estado liberal moderno no corresponde a las realidades de Timor. No puede compararse este Estado y su proceso de descolonización con casos como Tailandia (infra, La adaptación de lo tradicional en las nuevas estructuras institucionales desde mediados del siglo XX), Birmania (infra, La imposición de la élite en el gobierno: el caso de Birmania) o Filipinas (supra, Filipinas). En todos estos casos, la conformación de Estados y los imaginarios de nación son radicalmente diferentes. No hay unidad en los procesos ni resulta adecuado aplicarles las categorías modernas para comprender estos procesos. Los casos de Filipinas y Timor muestran claramente los problemas para pensar en naciones y los siguientes dos, Birmania y Tailandia, mostrarán dificultades para pensar en burocracias modernas y en Estados modernos en general.

LA IMPOSICIÓN DE LA ÉLITE EN EL GOBIERNO: EL CASO DE BIRMANIA

Birmania es conocida actualmente como República de la Unión de Myanmar, un nombre adoptado por la dictadura militar que gobierna

el país. Está ubicada en el sudeste asiático entre la India y China, tiene una población estimada en 53 millones de habitantes, alrededor del 89% de su población es budista (CIA: World Factbook, Burma, 2010). Su actual gobierno se constituye bajo el esquema de dictadura militar, que a lo largo de su régimen no ha respetado el clamor del pueblo por un gobierno democrático. En este caso, además de procesos internos de represión por parte de la dictadura, es importante destacar la dinámica externa, los países emergentes de la región y los países industrializados tienen interés en cómo evoluciona el proceso interno por su posición estratégica en Asia.

Proyecto de élite militar frente a proyecto democrático

El país fue colonizado por los ingleses en la década de los sesenta en el siglo XIX, estableciéndose allí un protectorado de la corona que duró hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando Japón invadió Birmania. Sin embargo, al final de la guerra, Inglaterra recuperó el territorio hasta el año de 1948 cuando se vio obligada a conceder la independencia, primero, por la presión interna en Birmania, y segundo, por la posición del nuevo gobierno laborista en Gran Bretaña (Bianco, 2005, 138), desde ese momento, los líderes y la sociedad civil de Birmania intentaron construir un modelo político democrático, siguiendo el ejemplo de su vecina India, sin embargo, un golpe de Estado militar en 1962 finalizó abruptamente esta vía e inauguró una etapa de autocracia (Campos, 2007).

Antes del ascenso de los militares al poder hubo intentos por consolidar un país

democrático: en el año de 1947, Aung San marchó a Londres a firmar el primer acuerdo que reconocía la independencia de Birmania, su movimiento político ganó prestigio y le permitió hacerse al control de la Asamblea Constituyente. Sin embargo, el 19 de julio de ese año fue asesinado por órdenes de U Saw, un político de derecha que buscaba hacerse al poder en Birmania. A pesar de esto, el poder continuó en manos del movimiento de Aung San, pues U Nu tomó las riendas y formó inmediatamente un gabinete, mientras que el gobierno decidió el juzgamiento y ahorcamiento de U Saw (Bianco, 2005,139). Esta naciente Asamblea votó el 24 de enero por una constitución, reconociendo la autonomía para los Estados de Shan, Kachin, Karen, Karenni (Kayah) y Chin. Se aceptó la creación de una Cámara de Diputados y una Cámara de las Nacionalidades que representaba los diferentes grupos étnicos; finalmente, después de haber aceptado la secesión de la Commonwealth mediante tratado firmado el 17 de octubre de 1947, se reconocía la independencia de Birmania proclamada el 4 de enero de 1948 (Bianco, 2005,139).

En 1949, U Nu tomó el poder; su gobierno, caracterizado por la cercanía al comunismo, ofreció amnistías a los sublevados los cuales volvieron al campo, en un intento por reactivar la economía del país, sin embargo, la producción agrícola se vio torpedeada por una administración ineficiente de la tierra por parte del gobierno. En el plano de lo político se presentó una profunda división en el movimiento AFPFL que había logrado la independencia, por un lado se agruparon en el movimiento “puro” dirigido por U Nu y por el otro, en el Movi-

miento estable, conducido por Kyaw Nein y Ba Swe (Bianco, 2005, 275), esta fue una de las causas que llevó al debilitamiento del gobierno democrático en Birmania.

Finalmente, en 1962 el golpe militar encabezado por el general Ne Win se encargó de derrocar el gobierno civil elegido dos años antes, convirtiéndose así en un Estado unipartidista bajo el Partido Birmano de Programa Socialista de Birmania (BSPP), un régimen legalizado en marzo de 1964 cuando se abolieron los otros partidos políticos. Bajo la dictadura militar todos los medios de comunicación quedaron bajo estricto control oficial y sujetos a censura (Amnistía Internacional, 1990, 7), la libertad de opinión se vio suprimida, la información sobre el país y para el país debía pasar por el control estatal, lo que llevó a una desaparición de todas las libertades políticas materializadas específicamente en la prohibición de la asociación; esta situación se sostuvo por más de veinte años en los cuales se mantuvo una tensa calma donde se impuso el proceso de la élite militar sobre el deseo ciudadano de un gobierno democrático.

En marzo de 1988 estallaron disturbios en todo el país, los ciudadanos pedían la dimisión de Ne Win y que se convocara a elecciones libres y con las debidas garantías, todo encaminado a una democracia pluripartidista (Amnistía Internacional, 1990, 7). Ese año fue de enfrentamientos entre la sociedad civil y los militares, aunque hubo choques violentos y matanzas, se destaca la naturaleza pacífica de las protestas, es por ello que finalmente en julio de este año el general Ne Win dimitió dejando encargado a Sein Lwin quien, destaca Amnistía Internacional, fue el oficial que ordenó a la

policía antidisturbios que disparara contra manifestantes desarmados en las manifestaciones de marzo (p. 7).

No obstante, el apoyo al movimiento se hacía más notorio por parte de la población civil, muestra de ello fue la manifestación del 8 de agosto de 1988, y a pesar de la represión por parte de las fuerzas armadas estatales las manifestaciones se presentaron por todo el país.

La muerte de cientos de civiles no apagó las protestas, finalmente Sein Lwin dimitió el 12 de agosto, siendo reemplazado por un civil, el doctor Maung Maung, aunque las manifestaciones continuaron (Amnistía Internacional, 1990, 8). Los comités de huelga y el retiro del ejército de los cuarteles dieron pie a la liberación de miles de presos encarcelados sin cargos y sin juicio, las protestas paralizaron la economía y el 22 de agosto hubo huelga general nacional. Es de destacar que se formaron sindicatos independientes después de 26 años; así, Daw Aung San Suu Kyi compareció por primera vez en un mitin público en Yangon el 25 de agosto (p. 9), siguiendo el legado de su padre, Aung San, quien fuera una figura importante para la lucha por la democracia en el país.

Para esta época retornó U Nu, primer ministro de la Birmania independiente, quien volvió gracias a la amnistía declarada por Ne Win después de tener que asilarse cuando fue derrocado por el golpe militar en 1962; al retornar al país conformó la primera organización política surgida en 26 años, la Liga para la Democracia y la Paz (LDP) (Amnistía Internacional, 1990, 9). En ese momento parecía gestarse una ruta clara hacia la transición política, esfuerzos por parte de la sociedad civil

para acabar con el control de la información y la censura a la prensa se materializan con la creación de más de cuarenta periódicos y revistas. Ya en septiembre la oposición controlaba más de cincuenta pueblos y ciudades, y le dio un ultimátum al gobierno militar: o designaba un gobierno provisional o afrontaba una huelga general indefinida, mientras que U Nu anunciaba la formación de un gobierno paralelo y que teniendo en cuenta los resultados de las últimas elecciones en Myanmar, él debía ocupar legalmente el cargo de primer ministro, también convocó elecciones generales (p. 9), lo que demuestra que la población civil, pero más allá, la oposición organizada, buscaba deslegitimar el gobierno desde el principio democrático de la elección popular, lo que generaría un gobierno paralelo al existente.

Sin embargo, “el 18 de septiembre el ejército se hizo de nuevo con el control directo. Creó un Consejo Estatal para la Restauración del Orden Público integrado por 19 miembros encabezados por el general Saw Maung. Todos los organismos estatales, incluyendo el BSPP, fueron disueltos y se impuso la ley marcial en todo el país” (Amnistía Internacional, 1990, 10). Este Consejo se encargó de reprimir severamente el movimiento en pro de la democracia, al menos 1000 personas perdieron la vida y millones fueron detenidas, “el golpe en septiembre de 1988 supuso la tercera vez en la reciente historia del país en que la oposición popular al gobierno militar era brutalmente reprimida” (p. 10).

Sumado a las capturas y los asesinatos se dio un desplazamiento masivo de las ciudades al campo. El ejército negaba las detenciones políticas, aunque cualquiera que hubiera de-

sempeñado un papel importante en las manifestaciones que se habían producido se convertía en objetivo de las fuerzas armadas (Amnistía Internacional, 1990, 15). Al tiempo en que se perseguían y encarcelaban manifestantes, los miembros el Consejo Estatal para la Restauración del Orden Público anunciaban que pensaban convocar elecciones; se promulgó así la Ley de Registros de Partidos Políticos por la cual se legalizaba la oposición política por primera vez desde 1962 (p. 16). Para febrero de 1989 había registradas 233 organizaciones políticas, incluyendo el Partido de Unión Nacional, nombre bajo el cual se reconstituyó el recientemente disuelto BSPP (p. 17), se destacan la Liga Nacional para la Democracia, encabezada por Aung San Suu Kyi y Tin U; el ex primer ministro U Nu encabezó la Liga para la Democracia y la Paz, la organización de estudiantes más numerosa entre las registradas legalmente era el Partido Democrático para una Nueva Sociedad (p. 17). Aun con la legalización de la oposición política se mantenían serias restricciones sobre las reuniones políticas, además de que se prohibió criticar al gobierno y a las fuerzas armadas. A pesar de las restricciones, las organizaciones que buscaban acceder al poder democráticamente fueron ampliamente apoyadas por la población civil que veía en ellas el cambio y el fin a las represiones, por esta razón el régimen aumentó el número de detenciones.

Un claro ejemplo del irrespeto por los derechos humanos y las libertades se puede apreciar en abril de 1989, cuando el Consejo Estatal para la Restauración del Orden Público anunció que, de acuerdo con la ley marcial, un jefe militar tenía derecho a aplicar la normativa

militar para el campo de batalla al recurrir a la fuerza máxima con el fin de restablecer el orden (p. 19), en efecto, se les concedió a los militares la libertad de acción e impunidad frente a la sociedad civil.

El control de la situación interna por parte de la Junta ha sido férreo durante décadas, pero en 1990 se vio forzada por manifestaciones de protesta y presiones internacionales a convocar elecciones parlamentarias. Después de tantos años bajo la dictadura militar se dieron los primeros comicios en mayo de 1990, los cuales arrojaron una abrumadora mayoría a favor de los candidatos que se oponían al gobierno militar (Amnistía Internacional, 1990, 7). Los dirigentes militares pensaron que podían controlar el proceso democrático pero la Liga Nacional para la Democracia (LND) de la Premio Nobel de la Paz Aung San Suu Kyi obtuvo 392 de los 492 escaños del parlamento. Sin embargo, la Junta anuló el resultado de las elecciones y recrudesció su política represiva hacia cualquier tipo de oposición política (Campos, 2007). Aung San Suu Kyi fue detenida al representar una amenaza al régimen militar, este hecho llevó a una mayor difusión internacional de lo acontecido en Birmania, por lo que se le otorgó el Premio Nobel de Paz en 1991.

La comunidad internacional y la transición formal a la democracia

La dictadura militar birmana tuvo la fortuna de encontrar significativas reservas de gas (se estima que son la décima parte de las reservas en el planeta) que le permitieron posicionarse no solo como un paso estratégico entre India y China, sino como un territorio importante

para mantener el control de las reservas naturales. Es por eso que a pesar de la presión sobre el régimen autoritario de Myanmar proveniente de Estados Unidos y el Reino Unido, las intenciones se ven torpedeadas en el marco del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas por China y Rusia, miembros permanentes de este Consejo, esta situación se hizo visible el 12 de enero de 2007 (Mato, 2007). Aquí se comprueban los intereses geopolíticos que recaen sobre este país, intereses de tipo económico y comercial de parte de China, India, los miembros de ASEAN, Estados Unidos y la Unión Europea (Campos, 2007), que tienen su asidero desde la caída de la URSS y la recomposición geopolítica de la región del sudeste asiático.

En simultánea a los intereses de Estados extranjeros, la sociedad birmana busca afanosamente un proceso de transición. En 2007 la población se levantó en contra de las decisiones adoptadas por el gobierno con respecto a los precios de combustibles y productos alimenticios; esta revolución fue liderada por los monjes budistas y apoyada por la población, de manera tímida por el temor a la represión militar, teniendo en cuenta el récord histórico. Lo que inició como protestas aisladas se vio abocado a una protesta generalizada que clamaba por un gobierno democrático, estas protestas tuvieron un rasgo diferente con respecto a las

acaecidas a finales de la década de los ochenta, por el seguimiento de actores internacionales. La Junta Militar logró encontrar apoyo en Asia por su importancia energética; de este modo el problema de la transición democrática dejó de ser de dinámica interna para ser un juego de poderes de la dinámica internacional, hasta el punto en que la presión de los países occidentales llevó a una reivindicación de la democracia y del respeto de los derechos civiles (Campos, 2007).

En 2008 la Junta Militar proclamó una nueva constitución y se establecieron condiciones para una apertura democrática, en marzo de 2010 se proclamaron leyes electorales y en noviembre de 2010 se liberó a Aung San Suu Kyi de su detención domiciliaria⁵. Sin embargo, la apertura democrática no fue de profundidad, formalmente la élite militar que gobierna al país dio un giro a la democracia, pero prohibió los partidos políticos que tuvieran en sus filas personas que hubieran estado encarceladas, lo que cerraba el paso a la Liga Nacional para la Democracia⁶, y permitió que el “Union Solidarity and Development Party garnering over 70 percent of the seats” (CIA: World Factbook, Burma, 2010), un partido que da continuidad a la política de la dictadura militar que ha gobernado el país durante las últimas décadas.

⁵ Ampliar en: <http://www.europapress.es/internacional/noticia-aung-san-suu-kyi-recupera-libertad-20101113204511.html> (Consultada el 1 de febrero de 2010).

⁶ Ampliar en: <http://birmania-libre.blogspot.com/2010/08/la-nld-hace-oficial-su-boicot-las.html> (Consultada el 1 de febrero de 2010).

LA ADAPTACIÓN DE LO TRADICIONAL EN LAS NUEVAS ESTRUCTURAS INSTITUCIONALES DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XX

La consolidación del Estado anterior al siglo xx en Tailandia

“Thai” quiere decir libertad, por lo tanto Tailandia significa “tierra de la libertad”. Los tailandeses se enorgullecen de constituir el único país en el sudeste asiático que jamás ha sido colonia de las potencias europeas (Monroy, 1999, 259).

Para tener una idea clara de la consolidación del Estado anterior al siglo xx en Tailandia es necesario ver que los tailandeses actuales provienen de los descendientes de varios grupos étnicos originarios del sur de China y el norte de Vietnam, quienes han asimilado las diferencias culturales de pueblos vecinos. Así mismo, se puede apreciar que tanto étnica como lingüísticamente los thai han estrechado vínculos con pueblos de noreste de la India, del oeste y noreste de Vietnam, y del este, sur y centro de la península de Malasia, lo cual se refleja en manifestaciones culturales como la religión, la literatura y la danza (Hernández, 2001, 12).

La historia de Tailandia se ha visto reflejada en desarrollo regional, espontáneo, natural

y equilibrado, sobresaliendo las relaciones de poder frente a sus vecinos y la caracterización de la diplomacia hacia las potencias coloniales europeas. Durante los siglos x al xviii Tailandia se consolidó como un Estado enmarcado en un “espacio cultural, político y económico frente a los pueblos vecinos por medio de migraciones, comercio, interacción y luchas armadas” (Hernández, 2001, 14).

En el proceso de descolonización de los diferentes países del sudeste asiático se han podido apreciar estallidos de violencia donde el principal enemigo era aquel colonialismo perpetuado por potencias como Japón y las europeas (Crozier, 1967, 17-18). El reino de Siam⁷, actual Tailandia, fue amenazado por estas potencias coloniales europeas en el siglo xix y comienzos del siglo xx, pero sobrevivió como el único Estado del sudeste de Asia que escapó de ser colonizado (Crozier, 1967, 17-18). Posteriormente, fue ocupado por Japón durante la segunda guerra mundial y, así mismo, debía defenderse constantemente de Estados como Birmania y Vietnam.

El antiguo reino de Siam nació en el siglo xii, cuando los jefes tailandeses se sublevaron del dominio del poderoso imperio de Khmer⁸ en Sukhothai en 1238 e instituyeron el Reino Tailandés. Este reino dominó Tailandia durante Ramkhamhaeng. En este reinado

⁷ Siam era un reino situado en el centro del sudeste de Asia, que ocupaba la posición actual de Tailandia, Camboya y Laos. Según diversas fuentes extranjeras, la capital del Reino de Siam fue Ayutthaya desde el siglo xvi hasta el siglo xviii. Bangkok, la nueva capital, fue llamada posteriormente Siam. Entre el 24 y el 27 de junio del 1932, el gobierno de Siam cambió oficialmente el nombre del país a Tailandia (Wyatt, 2003, 16).

⁸ El imperio Khmer fue uno de los más poderosos del sudeste asiático, el cual alcanzó su apogeo en el siglo xii bajo Suryavarman II, quien edificó el complejo del templo de Angkor Wat. Sus ejércitos se ocupaban de territorios que iban

(1279-1298) Tailandia se extendió hacia el sur, hasta Nakhon Si Thammarat, al oeste, en lo que hoy es Myanmar, y al noreste, lo que es territorio de Laos (Hernández, 2001, 13). Dichos territorios fueron conquistados por la fuerza, se convirtieron en Estados vasallos a los cuales se les cobraba tributo basados en lazos de amistad o lealtades personales.

Sin embargo, Sukhothai no fue el único Estado thai del sureste de Asia en este periodo. A mediados del siglo XIII, en lo que hoy es el norte de Tailandia, el dirigente thai Mangrai conquistó la antigua capital del reino mon de Haripunjaya y estableció la nueva capital de Chiang Mai la cual fue fundada en 1296 (Hernández, 2001, 13). Para 1365 el Estado de Sukhothai fue sucedido por otro reino thai, el de Ayutthaya el cual, para principios del siglo XV, había absorbido Sukhothai y devastado el declinante Estado Khmer, este dominó el territorio hasta el siglo XVIII (Bianco, 2005, 269).

El reino Ayutthaya tuvo contacto con Occidente por medio de los portugueses que ingresaron en la zona en el siglo XVI. Ayutthaya dominó un área considerable, desde los Estados musulmanes en la península Malaya hasta los Estados del norte de Tailandia. Sin embargo, Birmania fue una amenaza constante y el rival más poderoso de los tailandeses durante el reino de Ayutthaya. En 1569 derrotaron al ejército de Ayutthaya, ocuparon la capital y

gobernaron durante quince años (de 1590 a 1605) (Hernández, 2001, 13), después de los cuales Ayutthayan recobró su independencia. De la misma forma, el conflicto con Myanmar persistió y a mediados del siglo XVIII los ejércitos birmanos capturaron de nuevo Ayutthaya, para 1767 atacaron y conquistaron la zona acabando con el linaje real de Ayutthaya (Monroy, 1999, 259)

Una nueva era en la historia de Tailandia comenzó con el ascenso de Taksin al poder. Con la caída del reino de Ayutthaya ante la invasión del ejército birmano, el general Taksin se declaró rey en 1769. Taksin fue un comandante de alta capacidad y carisma que incitó la retirada de los birmanos y restableció el poder político de los thai, con capital en Thon Buri. Del mismo modo, restituyó las relaciones comerciales de Siam con China y llevó a los comerciantes y artesanos chinos a aprovechar las ventajas y oportunidades de la nueva capital al otro lado del río Chao Phraya, al ser una zona más segura y con mayor acceso (Hernández, 2001, 14).

Al recobrar el control de la región Taksin recuperó los territorios parte del imperio Ayutthayan, y amplió el control sobre nuevas áreas: parte de lo que hoy es el noreste de Camboya, y avanzó sobre el río Mekong hasta lo que hoy es Vientiane, en la parte norte de la península de Malasia (Hernández, 2001, 15).

desde el oeste hasta al norte de Tailandia y de Vietnam. La fuerza del imperio Khmer estaba basada en un sistema bien desarrollado de irrigación del cultivo de arroz y en una burocracia elaborada que ejercía control sobre la mano de obra Khmer. El Imperio se derrumbó a finales de los siglos XIII y XIV cuando la inestabilidad interna causada por el ascenso de gobernantes débiles dejó a Khmer expuesta a los ataques de sus vecinos. Así mismo, empeoró cuando el budismo comenzó a debilitar la jerarquía del Estado que estaba fundamentado en el hinduismo. Para el siglo XV, los Khmer no pudieron seguir defendiendo su capital en Angkor y empezó el periodo de declive político y social (Hoare, 2004).

Ya para 1782 Taksin fue destronado y sucedido por quien fuera su comandante militar, Chao Phraya (Gran Señor) Chakri, quien lo mandó a ejecutar y lo sucedió como Rama I, el primer rey de la dinastía Chakri, la cual permanece hoy en el trono. El mismo año, Rama I fundó la nueva capital en Bangkok. Birmania fue derrotada finalmente en 1790 y obligada a retirarse de Siam (Monroy, 1999, 259).

La dinastía Chakri fue la encargada de restaurar la herencia cultural de Ayutthaya, con la construcción de nuevos templos y palacios siguiendo el mismo estilo del anterior reinado. Por su parte, “Rama I restableció los rituales de la corte, emitió leyes y códigos y reeditó los textos budistas; apoyó la recuperación de la Sangha (sistema monástico budista) e incorporó a eruditos y monjes budistas en posiciones directivas de su gobierno” (Hernández, 2001, 13).

Los herederos de la dinastía Chakri vivían constantemente con la intimidación del colonialismo europeo. El siglo XIX se destacó por las constantes presiones de las potencias europeas sobre Siam para obtener ventajas y concesiones políticas, económicas, comerciales y territoriales, como sucedía en el resto del mundo. En 1824, cuando Gran Bretaña le declaró la guerra a Myanmar, Rama III temió que esto también le pasara a su reino. En esta situación se firmó el tratado Burney de 1826 (Díaz, 2001, 27), que establecía las condiciones para conducir las relaciones comerciales entre los dos países,

esto gracias a la victoria británica en la vecina Birmania en ese mismo año.

Puede afirmarse que las demandas de comercio y la apertura de representaciones diplomáticas en Siam se aceleraron con la penetración de Gran Bretaña sobre Myanmar y Malasia (Díaz, 2001, 28). En 1855 sir John Bowrin fue enviado a Siam como emisario personal de la reina Victoria para presionar a Tailandia y poner fin a toda restricción comercial, así como para asegurar los derechos de establecer un consulado británico en Bangkok.

En este contexto Siam entabló acercamientos con Estados Unidos, bajo la potestad del reinado de Rama IV⁹. Es aquí cuando se crearon más acercamientos con las potencias occidentales y Tailandia se vio forzada a firmar tratados similares con otras potencias europeas y con Estados Unidos, las cuales demandaron concesiones parecidas a las de Inglaterra, lo cual muestra claramente cómo a partir del uso de la diplomacia, y con una serie de reformas modernizadoras, Siam fue el único país del sudeste asiático que evitó el poderío directo de los países colonizadores europeos. Ello se refleja en la adopción del nuevo nombre de *Prathet Thai*—Tailandia: nación libre, en mayo de 1949 (Monroy, 1999, 259-260).

Estos tratados no convertían a Tailandia en una colonia, sin embargo, debe resaltarse que sí implicaron una seria disminución en su soberanía y su independencia (Hernández, 2001, 10). En 1909 Siam e Inglaterra firmaron

⁹ Es el gobernante más conocido en Occidente, fue un hombre preocupado por la transformación de su país que introdujo nuevas e importantes ideas en el terreno de la educación, las artes y la ciencia. No obstante, fue conocido en Occidente como déspota, bárbaro e inculto.

un tratado donde se establecen las fronteras con Malasia británica, y donde se aseguró que las provincias Patán, Yala, Narathiwat y Satun quedaban bajo dominio tailandés. Posteriormente se crearon tratados con Francia para fijar las fronteras con Laos y Camboya, territorios vasallos reclamados anteriormente por el reino de Siam (Monroy, 1999, 259-260). Es en este momento cuando los siameses escaparon del dominio imperial de Occidente enfrentando a los ingleses contra los franceses, por ello Tailandia se halla a sí misma libre de complejos anticolonialistas como de revoluciones de tendencias izquierdistas, con una tradición de servilismo y desigualdad que continúan en el imaginario de la sociedad siamés (Crozier, 1967, 18).

Es posible afirmar que gracias a las estrategias diplomáticas del rey Mongkut y su hijo, el rey Chulalongkorn en el siglo XIX, Tailandia escapó de la ocupación de Occidente bajo una administración colonial. Como consecuencia de ello, Siam se excluyó de soportar bajo las potencias europeas la imposición de instituciones occidentales, sufrir una lucha por su independencia y formar partidos políticos o movimientos de masas nacionalistas. En Tailandia continuaron y aún siguen en cierta forma trabajando sus instituciones tradicionales: la monarquía, los clérigos budistas y las burocracias civiles y militares (Díaz, 2001, 26).

“El rey Mongkut dudaba que la democracia occidental funcionara en una cultura como la del Siam” (Díaz, 2001, 27). Mongkut temía que los pobladores del Siam originarios de China tomaran el control en el momento en que se creara un nuevo sistema político y que los siameses fueran incapaces de adaptarse

al pensamiento occidental y a sus instituciones (Díaz, 2001, 27).

Su forma habitual de cambios de gobierno proviene del golpe de Estado siamés, una revolución sin derramamiento de sangre en 1932, la cual transformó el gobierno de Tailandia de una monarquía absoluta a una monarquía constitucional bajo el reinado Prajadhipik, donde finalmente gobernó el niño-rey Ananda, cuyo primer ministro fue Phraya Phahan (Crozier, 1967, 18). Con este cambio de sistema político aquellos que llegaron al poder instituyeron lo que pocos llamarían una democracia, pues el poder se distribuía únicamente entre pocos (Díaz, 2001, 27). Por otro lado, puede apreciarse que brindaron la posibilidad de una educación masiva y de salud pública (Díaz, 2001, 28)

La incursión de Tailandia en la arena política mundial se manifestó con su participación en las dos guerras mundiales: en la primera se involucró a favor de los aliados y en la segunda se convirtió en aliado de Japón bajo el reino de Ananda Mahidol –Rama VII–. Tras la derrota de los japoneses y el fin de la guerra, Tailandia se realineó convirtiéndose en aliado de Estados Unidos, Inglaterra y Francia. Sin embargo, fue neutral en el conflicto entre Japón y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y posteriormente favorable con la URSS en contra de Alemania (Monroy, 1999, 261).

Desde el inicio de la Guerra Fría y hasta los años ochenta Tailandia permaneció como un país políticamente inestable. Durante este periodo se produjo una sucesión de cambios de gobierno a consecuencia de golpes de Estado donde los militares han tenido un papel muy activo en la política del país, y ha visto pasar 16

constituciones distintas para definir las características de su sistema político. Por su parte, la población intentó restar poder político a los militares y ello provocó inestabilidad durante varios años, por lo cual los golpes militares se volverían una constante como una forma de enfrentamiento entre las distintas facciones militares (la mayoría sin sangre). El país se configuró finalmente, a partir del último golpe militar en 1991, como una democracia participativa moderna (Monroy, 1999, 261).

El papel de la religión en la consolidación del Estado en Tailandia

El budismo en Tailandia jugó un papel de suma importancia en la consolidación del Estado previo al siglo xx. El budismo Theraváda, una de sus formas más ortodoxas, es omnipresente en Tailandia. Conforme a esta escuela budista, el individuo puede alcanzar el nirvana y el estado puro, la reencarnación, o el paso a una vida mejor, sin la ayuda de santos o gurús. El budismo ha ejercido una influencia predominante en la formación del Estado y del carácter tailandés, así como en su vida política, social y cultural. Este tipo de budismo sostiene la creencia de que todos los acontecimientos están previamente determinados y no merece la pena intentar cambiarlos, lo cual puede ser una variable importante a la hora de entender la indiferencia de la población siamesa ante algunos hechos positivos o negativos en la creación y el transcurrir histórico del Estado siamés (Monroy, 1999, 266).

El budismo apareció en Tailandia desde el siglo III a. C., cuando el emperador Asoka (267-227) de la India despachó misioneros al

sudeste de Asia a propagar la fe que recientemente había establecido en su reino (Hernández, 2001, 15). La mayoría de los budistas tailandeses son de la escuela Theraváda, algunos profesan el budismo Mahayana u otras religiones, como el hinduismo, el cristianismo, el taoísmo, el animismo o el islamismo (Hernández, 2001, 14).

El budismo es la religión oficial de Tailandia. El rey, de acuerdo con la constitución y la tradición, es budista, e incluso el budismo está representado en la bandera nacional por dos líneas blancas. No obstante, en la actualidad la ley en Tailandia no es budista, sino en gran medida secular. En términos populares, al rey se le considera defensor de las religiones que profesan las diversas comunidades, situación que refuerza la libertad y la tolerancia hacia toda práctica religiosa. El budismo se asocia también con el respeto y la veneración hacia la monarquía, la cual históricamente ha apoyado a su estructura jerárquica (Sangha). Esto es correspondido por los monjes con la legitimación de la realeza. La religión continúa siendo muy importante en el estilo de vida de la población, por ejemplo, en la actualidad los monjes budistas han comenzado a involucrarse en asuntos ambientales y sociales (Hernández, 2001, 15).

El Estado tailandés en la actualidad

En este momento Tailandia es un reino constituido por una monarquía constitucional desde la Carta de 1997 y se compone de un sistema político con poderes del Estado separados, en el que la figura del monarca encarna al jefe de Estado con la principal función de representar y de defender el budismo, y como

jefe de las fuerzas armadas y defensor de todas las religiones. Paralelamente existe la figura del primer ministro y la otra parte del Ejecutivo conformado por 26 miembros, quienes rinden cuentas ante la Asamblea Nacional (CIA: World Factbook, Thailand, 2010).

Con esta nueva constitución se especifica que el rey mantiene la soberanía de la nación, pero en el país se ejercen los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Si bien el rey es la figura principal del país, su función política esencial consiste en apoyar al primer ministro, y su posición en ello es bastante dócil. De igual forma, el rey sigue jugando un papel de influencia estabilizadora, pues su figura es la más reverenciada en Tailandia. Así, el actual rey Bhumibol Adulyadej ha visto pasar a los distintos gabinetes sin involucrarse aparentemente en los asuntos políticos, aunque su apoyo al régimen en el poder es indispensable para su sobrevivencia (Díaz, 2001, 27).

Lo anterior le permite un manejo amplio al primer ministro y a los militares que han estado en el poder en más de dos terceras partes de alrededor de cuarenta gabinetes existentes desde 1932. Mientras tanto los civiles, con una menor pero creciente preponderancia en la política tailandesa, han tenido que luchar en un escenario sin partidos políticos fuertes y de grupos de presión políticos o económicos que protegen sus intereses (Díaz, 2001, 28).

El poder legislativo recae en la Asamblea Nacional de Tailandia estructurada bajo un sistema bicameral que se compone por *Sapha Phuthaen Ratsadon* –Cámara Baja– con 500 escaños y por *Wuthisapha* –Senado– con 200 escaños. Los miembros de ambas cámaras son elegidos por sufragio universal. Por otro lado

está el poder judicial en manos del *Sandika* –Tribunal Supremo–, y en el que los jueces son designados por el monarca (CIA: World Factbook, Thailand, 2010).

La creación del Estado en Siam se dio por un conjunto de valores, conductas y modos de ser enraizados en la historia del pueblo thai (Díaz, 2001, 28). Desde los principios del nacimiento del reino los tailandeses fueron delimitando su espacio político y económico frente a otros pueblos de la región. La incorporación forzosa de Tailandia a la economía y a la política mundial la han mantenido en una situación de dependencia frente a los países hegemónicos pese a no contar con un pasado colonial.

Es posible afirmar que este país constituye un caso típico de un imperio regional (Hernández, 2001, 18) convertido en un enclave geoestratégico de las potencias occidentales, dado que no pudieron imponerse como sí lo hicieron en el resto de la región.

Surgimiento de estructuras institucionales burocráticas soportadas sobre las relaciones tradicionales de poder

Como se mencionó, actualmente Tailandia es una monarquía constitucional. El monarca es el jefe de Estado, mientras que el primer ministro es elegido desde el parlamento. Hasta aquí se presenta como similar a una monarquía parlamentaria europea. No obstante, la compra de votos, la preponderancia del jefe de Estado y las interacciones de los líderes territoriales presentan en Tailandia un panorama más complejo y diferente al del modelo teórico ideal de la democracia. En esta pequeña sección dedi-

caremos un espacio a presentar los orígenes de este sistema y las razones por las que se puede pensar en una democracia con anterioridad a la reforma constitucional de 1997 y a pesar de la corrupción rampante entre 1932-1997. La hipótesis central es que en Tailandia, incluso bajo la monarquía absoluta, existía un fundamento de la participación que se mantendrá hasta hoy.

Las prácticas en la Tailandia posterior a los años ochenta son mucho más complejas que la mera comparación paradigmática de lo concreto. Las elecciones basadas en los lazos tradicionales de líder-villa se han extrapolado hacia la forma patrón-cliente (Ockey, 2004), pero en ningún caso deja de existir una fuerte participación de la población en el sistema político. El reto es comprender cómo funciona esta participación en Tailandia a pesar de que constantemente se vean violadas las garantías democráticas clásicas; si bien existe la elección de ciertos cargos públicos y se ha plasmado por escrito la noción de un Estado social de derecho, debe recalarse que la forma de democracia es altamente clientelizada.

Inicialmente y casi hasta 1932 el monarca tenía poder absoluto en la teoría, es decir, que en principio tenía un poder ilimitado: “El rey no es solo *phrachao phaendin* (señor de la tierra), él es también *chao chiwit* (señor de la vida)” (Ockey, 2004, 1). Su palabra era considerada como fundadora de ley, al tiempo que era –y todavía es– el depositario de la moralidad del reino, a tal punto que en sí se expresan tres figuras diferentes: por una parte el idealista benevolente, el liderazgo paternal y por último la dependencia legitimadora.

Esta caracterización general implicaría la negación de la república descrita por Montesquieu, corrompería la idea de la democracia como gobierno de los muchos y en la que se respetan los derechos de las minorías, puesto que el poder absolutamente concentrado es su antítesis, mientras que se mantiene la noción de una religión más importante que otras, implicando la violación del Estado laico liberal: el budismo prima, puesto que debe ser protegido por el rey, por la cabeza del Estado mismo. Sin embargo, el problema de esta interpretación es que este monarca no poseía, *de facto*, estas capacidades ilimitadas.

Ockey (2004) sostiene que esa manera particular de participación en Tailandia obedece a la forma histórica y cultural de relacionamiento político tradicional, es decir, que los fundamentos de una democracia participativa en dicho país no se soportaban sobre las condiciones modernas de educación, deliberación y desconcentración-control del poder, sino que lo hacen sobre aquellas instituciones que también servían para el sostenimiento de la monarquía. En particular, se rescatan aquí dos formas de participación que parten de las dos características de líderes imperantes: los *nakleng* y los *phudi*.

Los primeros también son conocidos como “líderes bandidos” y su función tradicional era la de guardar la seguridad de los pueblos (Ockey, 2004, 5). Al expandir el concepto a nivel nacional, los *nakleng* eran aquellos que tenían un fuerte carácter (en ocasiones solían ser jóvenes), su liderazgo tradicional se sostenía en la lealtad y el carisma en las sociedades. Suele ser reconocido como el hombre fuera de la ley,

que la protege, aquel que puede ejercer la violencia para proteger los espacios sin violencia.

Esta figura no se quedó en el pasado en Siam. Por el contrario, mostró una clara capacidad de transformación y adaptación en las esferas de los cambios hacia el Estado constitucional moderno en Tailandia. Lo nuevo y moderno no reemplazó lo viejo y tradicional, sino que lo modificó para formar híbridos políticos no paradigmáticos. Actualmente, el *nakleng* se relaciona con la figura del gobernante tailandés de los cincuenta, que utiliza sus relaciones territoriales y las clientelas para acceder a las posiciones de poder, al tiempo que su ejercicio se basa en las lealtades con las clientelas y en una visión estatal más estructurada en las burocracias rígidas y en las fuerzas militares, que en los organismos de representación (Ockey, 2004).

Si bien esta forma de gobernar y de estructurar las relaciones de poder basadas en los territorios y las clientelas fue inicialmente planteada por el gobierno de Sarit en los años cincuenta (Ockey, 2004), las nuevas tendencias no persiguen cerrar el parlamento como aquel, pero sí disminuir su poder y fundarlo en el Ejecutivo central y los gobiernos territoriales.

Por su parte, la figura del *phudi* tiene su legado en los líderes conocidos como *phuyaiban*, que eran elegidos por su edad, que representaría la sabiduría adquirida mediante la experiencia y la interiorización de las costumbres locales (Ockey, 2004, 4-5). De esta forma, los *phudi* se fundamentan en la imagen de líderes virtuosos. Esta figura se consolida durante la monarquía de Bhumibol desde finales de los años setenta y principios de los ochenta, en la que se da una profesionalización de algunas

élites de gobierno (Gobierno de Tailandia, 1979, 117-118 y 132-137).

En lo que concierne a la participación del pueblo, se puede mostrar que ambas figuras de líderes permiten alguna posibilidad para ello, al tiempo que también ambas contienen elementos paternalistas importantes; la primera implicaría un elemento de modernidad política, mientras que la segunda no. En el caso de la nueva clase de líderes *nakleng*, se ha mostrado que son abiertos a la participación con el objetivo de escuchar las demandas sociales básicas, para mantener sus posiciones de poder (Ockey, 2004, 15). Esto es así porque si bien su gobierno se soporta en clientelas, la posibilidad de adquirirlas requiere de votantes convencidos y, a su vez, necesita de esfuerzos parcializados regionales de desarrollo (es el retorno al símbolo de la generosidad y la legitimidad carismática antes mencionada).

Por su parte, los *phudi*, tradicionalmente más enfocados en la representación ilustrada de las masas que no lo son, han tendido a dejar parcialmente de lado la participación. Esto es así porque estas generaciones de líderes, en la mayoría de las ocasiones, provienen de universidades en el exterior y se consideran como élites de tecnócratas que conocen mejor las necesidades poblacionales que ellos mismos. Sin embargo, el régimen político parlamentario y electoral impele a estos líderes a crear compromisos con los miembros parlamentarios y, al tiempo, fortalecer sus respectivos partidos mediante la disposición a escuchar las demandas de las “masas” (esta denominación obedece a su tradicional desprecio por el populismo) (Ockey, 2004, 16).

Estos argumentos muestran que el cambio de la monarquía absoluta a la monarquía constitucional en 1932, y luego hacia la monarquía parlamentaria en 1997 y 2007 (posterior al golpe de Estado en 2006), siempre ha tenido una doble dimensión de difícil comprensión para el paradigma del Estado liberal-democrático moderno: se funda sobre elementos tradicionales, sobre las costumbres políticas dominantes bajo los regímenes anteriores y que siempre guardan relación con los liderazgos tradicionales, mientras que cada cambio incorpora elementos novedosos de reforma en los que se intentan fortalecer los partidos políticos, abrir el espectro a nuevos actores, romper con el clientelismo. Estas dos dinámicas implican adaptaciones tanto a una noción de democracia menos clientelizada, como a las culturas propias de las regiones.

CONCLUSIONES

Se ha argumentado que los estudios de área no son una herramienta analítica adecuada para comprender los procesos de conformación del Estado en la segunda mitad del siglo xx, puesto que dicha perspectiva tiene dos problemas esenciales: homogeneiza las historias de los países basándose en dinámicas internacionales comunes, y hace uso de conceptos y teorías con pretensiones universalistas. En este sentido se considera que ni es adecuado hablar de una única historia general de descolonización y surgimiento de Estados en la región, ni que esta construcción de Estados tuvo las características del paradigma teórico del Estado-nación moderno.

Si bien es cierto que los cambios políticos han implicado avances en los procesos de construcción de Estados, no se puede hablar de unidades nacionales bien consolidadas, ni de monopolios legítimos de la fuerza de los Estados o incluso de la existencia de burocracias modernas que reemplazan las prácticas políticas tradicionales, es decir, no se puede hablar de la existencia de paradigmas de Estado-nación moderno. Lo que en realidad surgió fue muy diferente a la idea de procesos únicos y universales de construcciones de Estado: surgieron híbridos entre lo tradicional y lo moderno, entre lo nacional y lo plurinacional—haciendo uso de la violencia estatal para unificar y asimilar, y de la violencia guerrillera y separatista para defender las diferencias nacionales—, con Estados de vieja data y otros más recientes según las diferentes temporalidades en que avanzó la soberanía y según los procesos de colonización-descolonización.

La variedad de procesos de formación de Estado en la región enriquece el análisis de los procesos de transición política, a la vez que el estudio detallado de los procesos internos y la influencia de las potencias internacionales han configurado Estados híbridos en el sudeste asiático. No se desconocen elementos modernos en cada uno de esos Estados, pero no se puede generalizar sobre su naturaleza y su marco de acción.

BIBLIOGRAFÍA

Agoncillo, Teodoro, 1975. *A short story of The Philippines*, New York, The New American Library, Mentor Books.

- Amnistía Internacional, 1990. *Myanmar, un país cerrado*. Amnistía Internacional.
- Artaza, Manuel, 1999. "Filipinas y la herencia del gobierno colonial español: la tradición autoritaria de la presidencia filipina", en *Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas*, vol. 1, núm. 1, Universidad de Santiago de Compostela.
- Bianco, Lucien, 2005. *Asia contemporánea*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores.
- Call, Charles y Wyeth, Vanessa, 2008. *Building states to build peace*. London, Lynne Rienner Publishers.
- Campos Palarea, Rubén, 2007. La revolución azafrán en Birmania: claves geopolíticas para una posible transición (ARI), Real Instituto El Cano, en http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/asia-pacifico/ari118-2007 (Consultada el 15 de enero de 2011).
- Carment, Rajat, 2003. "Secessionist Ethnic Conflict in South and Southeast Asia: A Comparative Perspective", en Ganguly y Macduff, *Ethnic conflict and secessionism in South and Southeast Asia*, Nueva Delhi, Sage Publications, pp. 24-58.
- CIA. The World Factbook. Burma, en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/bm.html> (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- CIA. The World Factbook. Philipines, en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/rp.html> (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- CIA. The World Factbook. Thailand, en <https://www.cia.gov/library/publications/the-world-factbook/geos/th.html> (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- Crozier, Briam, 1967. *El turbulento sudeste asiático*. México, Organización Editorial Navarro.
- Díaz Pérez, Wendy, 2001. "El sistema político de Tailandia. ¿Democracia a golpes?", en *México y la Cuenca del Pacífico*, Universidad de Guadalajara, vol. 4, núm. 12 / enero-abril de 2001.
- Fajardo Vallejo, Lina María, 2007. "El sudeste asiático: estructura y cambio de sus relaciones internacionales", en http://goliath.ecnext.com/coms2/gi_0199-6641218/El-sudeste-asiatico-estructura-y.html (Consultada el 25 de septiembre de 2010).
- Freeman, D., 2003. *The Straits of Malacca: Gateway or Gauntlet?* Canadá, Mc Gill's University Press.
- Ganguly, Rajat, 2003. "Introduction: The Challenge of Ethnic insurgency and Secession in South and Southeast Asia", en Ganguly y Macduff, *Ethnic conflict and secessionism in South and Southeast Asia*, Nueva Delhi, Sage Publications, pp. 9-22.
- Ganguly, Rajat e Ian Macduff, 2003. *Ethnic conflict and secessionism in South and Southeast Asia*, Nueva Delhi, Sage Publications.
- García, Antonio, 2000. "Formación de las Indias Orientales españolas. Filipinas en el siglo XVI", en Cabrero, Leoncio, *Historia General de las Filipinas*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- Gobierno de Tailandia, 1979. *Thailand into the 80's*, Bangkok: Office of the Prime Minister, Kingdom of Thailand.
- Hernández Hernández, Roberto, 2001. "Tailandia: su gente, historia y cultura", en *México y la Cuenca del Pacífico*. Universidad de Guadalajara, vol. 4, núm. 12 / enero-abril.
- Hoare, Timothy, 2004. *Thailand a Global Studies Handbook*. ABC-CLIO. Oxford, 2004, en <http://users.skynet.be/fa483069/Thailand%20A%20Global%20Studies%20Handbook.pdf> (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- Hobsbawm, Eric, 1994. *Historia siglo XX*, Barcelona, Crítica.

- Islam, Syed Serajul, 2003. "Ethno-communal Conflict in the Philippines: The Case of Mindanao-Sulu Region", en Ganguly y Macduff, *Ethnic conflict and secessionism in South and Southeast Asia*, Nueva Delhi, Sage Publications, pp. 195-224.
- Mariñas Otero, L., 1973. *Revista de Política Internacional*, en http://www.cepc.es/rap/Publicaciones/Revistas/13/RPI_129_033.pdf (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- Martin, Ian, 2001. *Self-Determination in East Timor: the United Nations, the ballot, and the international intervention*. International Peace Academy occasional paper series, London, Lynne Rienner Publishers.
- Mato Bouzas, Antía, 2007. *La política India hacia Myanmar: la importancia de las relaciones de vecindad en Asia Meridional*, Real Instituto El Cano en, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/asia-pacifico/ari+49-2007 (Consultada el 15 de enero de 2010).
- Monroy, Juan Antonio, 1999. *Obras completas: Alfajoras y caminos*, Barcelona, Editorial Clei.
- Ockey, James, 2004. *Making Democracy: Leadership, Class, Gender, and Political Participation in Thailand*, Honolulu, University of Hawai'i Press.
- Rodríguez, Inmaculada, 2000. "La centuria desconocida: el siglo XVII", en Cabrero, Leoncio, *Historia General de las Filipinas*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica.
- Robledo Padilla, Ramón, 2001. "La cultura en las nuevas relaciones internacionales de Tailandia", en *México y la Cuenca del Pacífico*, Universidad de Guadalajara, vol. 4, núm. 12 / enero-abril.
- Rolls, Mark, 2003. "Indonesia's East Timor Experience", en Ganguly y Macduff, *Ethnic conflict and secessionism in South and Southeast Asia*, Nueva Delhi, Sage Publications, pp. 166-194.
- Rubíolo, María Florencia, 2005. *Asociación de Naciones del Sudeste Asiático: Construcción de una identidad común*. San Salvador, Universidad de El Salvador.
- Skidmore, Monique y Wilson, Trevor (Eds.), 2007. *Myanmar: the state, community and the environment*, Australian National University y Asia Pacific Press, en http://eprint.anu.edu.au/myanmar/pdf/whole_book.pdf (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- Smith, M. G. y Dee, Moreen, 2003. *Peacekeeping in East Timor: the path to independence*. London, Lynne Rienner Publishers.
- Urgell, J. 2007. *Papeles de cuestiones internacionales*, en <http://escolapau.uab.cat/img/programas/alerta/articulos/07articulo056.pdf> (Consultada el 20 de septiembre de 2010).
- Vela, Bernardo, 2010. *Contribución al debate sobre la formación del Estado colombiano en el siglo XIX*. Bogotá D.C., Universidad Externado de Colombia.
- Wyatt, David, 2003. *Thailand: A short History*. New Haven, Yale University Press.

ANEXOS

Anexo 1. Ubicación geográfica del sudeste asiático



Fuente: CIA, World Fact Book.

Anexo 2. Descripción de países del sudeste asiático

Características de la región							
País	Población	PIB per Cápita US\$ (2009)	Área (km ²)	Religión	Lenguaje	Independencia	Tipo de gobierno
Brunei	400.000	36.500	5.765	Islam	Malayo	1984 (Inglaterra)	Monarquía islámica
Birmania	50.000.000	500	676.500	Budismo	Birmano	1948 (Inglaterra)	Dictadura militar
Camboya	14.800.000	800	181.035	Budismo	Camboyano (Khmer)	1953 (Francia)	Monarquía constitu- cional
Timor Oriental	1.134.000	500	14.875	Católico	Tetum y Portugués	1975 (Portugal)	República parlamentaria
Indonesia	230.000.000	2.200	1.904.500	Islam (mayoría)	Indonesio	1949 (Holanda)	República unitaria presidencial
Laos	6.320.000	900	236.500	Budismo, Cristianismo	Lao	1949 (Francia)	República socialista
Malasia	27.000.000	14.900	329.850	Islam, Budismo	Bahasa	1957 (Inglaterra)	Monarquía / Democracia parlamentaria
Filipinas	92.000.000	1.750	299.800	Cristianismo	Filipino	1946 (USA)	República unitaria presidencial
Singapur	4.700.000	35.500	710	Budismo, Islam	Inglés, Malayo	1965 (Malasia)	República parlamentaria
Tailandia	67.800.000	3.900	513.120	Budismo	Thai	No colonizado	Democracia parlamentaria
Vietnam	89.000.000	1.100	331.210	Budismo	Vietnamita	1945 (Francia)	República socialista

Fuente: CIA, World Fact Book.